

Nov. y Dic. 1915

Ateneo de El Salvador

PUBLICACION MENSUAL ILUSTRADA

BIBLIOTECA NACIONAL HEMEROTECA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



EXCMO. SEÑOR DON J. ANTONIO LOPEZ G.
Ministro Plenipotenciario del Gobierno de esta República ante el de Honduras
y Socio Honorario del «Ateneo de El Salvador»

Nov. y Dic. 1915

AÑO III - Nos. 31 y 32.

25 cts.
EJEMPLAR

Revista de Ciencias, Letras y Artes

Organo del Centro del mismo nombre - San Salvador. - C. A.

25 cts.
EJEMPLAR

Sumario

1. La Democracia Cristiana y la Sociología *por Eduardo Alvarez*. — 2. El Nido de Turpiales, *por José María Sifontes*. — 3. Resignación. Odio Inmortal, *por N. Viera Altamirano*. — 4. Periódicos y periodistas, *por Alejandro Andrade Coello*. — 5. Nuestra Bandera, *por Benjamín Urbizo Vega*. — 6. La Imaginación Brasileira, *por J. Graca Aranha*. — 7. Plegaria al Silencio, *por Eduardo Talero*. — 8. El General Luis Bográn, *por Paulino Valladares*. — 9. Irreductible, *por Manuel Armando Díaz*. — 10. ¿Debe el orador conocer la acepción propia de los sinónimos?, *por Abraham Ramirez Peña*. — 11. Volutas, *por Manuel Alvarez Magaña*. — 12. Tres comunicaciones, *por W. J. Bryan, John Barret y N. Sarmiento*. — 13. Altivez, *por J. de Abenamar*. — 14. El Quetzal, *por Félix Calderón Avila*. — 15. El Violín, *por Saturnino Cortés Durán*. — 16. Oj. s tristes, *por Alonso A. Brito*. — 17. Prefacio a la traducción castellana de "El Hombre Triste", *por Juan J. O. Bataller*. — 18. Anales del "Ateneo de Honduras." La Velada de los Juegos Florales de 1915. — 19. Hacia el Porvenir, *por Julián R. Cáceres*. — 20. Triunfal, *por Salvador Turcios R.* — 21. Ofrenda, *por Florinda B. González de Chávez*. — 22. ¿Qué significa la palabra Patria?, *por Salvador Padilla*. — 23. La Estatua de Lempira, *por Trinidad Fiallos*. — 24. La Luz, *por Aureliano Ruiz*. — 25. "Nociones de Literatura General", *por Emilio A. Morel*. — 26. Idilio Criollo, *por Mercedes Quintero*. — 27. Temas Sociológicos, *por Carlos Urrutia F.* — 28. The Arrow And the song, *por Longfellow*. — 29. La flecha y la canción, *por Alberto V. Montiel*. — 30. Ante el ideal antillano, *por José De Diego*. — 31. Noche de Pascua, *por José Olivares*. — 32. Todos somos poetas, *por F. Henríquez y Carvajal*. — 33. El Primer Beso, *por Juan J. Fernández*. — 34. Dos cartas literarias, *por J. R. Uriarte y Vidal Mejía*. — 35. El Periodista, *por F. Restrepo Gómez*. — 36. Concurso de la "Unión Ibero Americana". — 37. Bibliografía. — 38. Notas y Apuntes.

FOTOGRAFADOS. Don J. Antonio López G., Dr. Rafael B. Colindres, Dr. Lázaro Mendoza, General Luis Bográn, señorita Elena Gallont, señorita Encarnación Arriaga Suazo, señorita Mercedes Quintero, don Juan J. Fernández.

Socios Honorarios

Don Francisco Gavidia.
Don J. Antonio López G.
Dr. Alonso Reyes Guerra.
Dr. Salvador Rodríguez G.
Dr. Francisco Vaquero.
Dr. Víctor Jerez.
Dr. Santiago I. Barberena.
Don Calixto Velado.

Socios Correspondientes del Ateneo

En El Salvador.

Dr. Federico Vides Santa Ana.
Dr. Secundino Turcios Santa Ana.
Don Alfonso Espino Santa Ana.
Don Max. Jiménez Guillén. Santa Ana.
Don Antonio L. Berdugo. Santa Ana.
Dr. Abraham Rivera Sonsonate.
Don Rubén Cardona Chalchuapa.
Dr. Alberto Luna Santa Tecla.
Don N. Viera Altamirano San Miguel.
Don Alonso A. Brito San Miguel.
Dr. David Turcios, h. Gotera.
† Don Carlos Javier Guerrero Zacatecoluca.
Señorita María C. García Santiago de María.
Dr. Rafael B. Colindres Santiago de María.
Dn. Miguel Román Peña. Zacatecoluca.
Dr. Sarbelio Navarrete. San Vicente.
Don José María Sifontes. Sonsonate.
Don José Alfaro Morán. Ahuachapán.
Don José Hector Paz San Miguel.
Don Delfín Santos Sonsonate.
Don R. Vergara Albis Sonsonate.

Guatemala.

Licenciado José Rodríguez Cerna.
Licenciado Francisco Contreras B.
Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.
Licenciado Eduardo Aguirre Velásquez.
Licenciado Adrián Recinos.
Don Rafael Arévalo Martínez.

Honduras.

Licenciado Rómulo E. Durón.
Licenciado Esteban Guardiola.
Licenciado Luis Andrés Zúñiga.
Sr. José Dols Corpeño.
Don Rafael Heliodoro Valle.
Don Benjamín Urbizo Vega.
Licenciado Samuel Lainez.
Licenciado Salatiel Rosales.
Licenciado Ricardo de J. Urrutia.
Licenciado Julián López Pineda.
Don Adán Canales.
Licenciado Nazario Pineda H.
Don Abel García Cáliz.
Don Augusto C Coello.
Licenciado Luis Mejía Moreno.
Licenciado Paulino Valladares.
Don Vidal Mejía.
Don Julián R. Cáceres.
Don Matías Oviedo.
Don Angel R Fortín
Señorita Visitación Padilla.

Costa Rica.

Licenciado Ricardo Jiménez.
Licenciado Cleto González Víquez.
Licenciado José María Zeledón.
Licenciado Luis Cruz Meza.
Doctor Maquel Castro R.
Don Joaquín Barrionuevo.
Licenciado Tobias Zúñiga Montúfar.
Don Roberto VallaJares.
Don Justo A. Facio.
Licenciado Roberto Brenes Mesén.

Ateneo de El Salvador

REVISTA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Director.

SALVADOR TURCIOS R.

Organo del Centro del mismo nombre

Redactores.

JOAQUÍN ZALDÍVAR □□

Jefe de la Sección Tipográfica
ONOFRE ANTONIO ANGULO

ALBERTO V. MONTIEL.

AÑO III

SAN SALVADOR, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1915

Nos. 31 y 32

BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

La Democracia Cristiana y la Sociología

EL PRINCIPIO DE IGUALDAD DEMOSTRADO POR EL INSIGNE
ORADOR BOSSUET

(Para el «Ateneo de El Salvador».)



EN el desarrollo de la democracia humana, no hay que perder de vista la influencia poderosa que han ejercido las diferentes religiones, y sobre todo—y excepcionalmente— la religión de aquel Mártir-Filósofo que fué sacrificado en la Cruz del Calvario.

Los pensadores cristianos han procurado demostrar la influencia que las doctrinas que ellos regentan han tenido en el desarrollo progresivo de las orientaciones democráticas; y actualmente, todos los sabios—entre ellos los sociólogos— están de acuerdo en aceptar ese criterio indiscutible.

Y los pensadores cristianos van más allá; con una brillantez admirable—que sólo pone el espíritu en los hombres sinceros— han tratado de demostrar lo que afirmamos.

¿Quién podría pensar que el celeberrimo Bossuet—águila de la

elocuencia y de la sabiduría humanas— ha dado con más acierto que ninguno, y con más belleza que ningún poeta, la demostración del principio de igualdad entre los hombres? ¿Y quién podría suponer siquiera que en su grandioso verbo pudiera encontrarse todo un concepto sociológico de la igualdad, la cual demuestra biológicamente a pesar de que el tiempo en que escribiera estaba muy distanciado del en que apareció en el campo científico la Biología?

«Aunque Dios y la Naturaleza han hecho a todos los hombres iguales formándolos del mismo barro—dijo el insigne orador ante el cadáver del caballero Enrique de Gornay— la vanidad humana no puede tolerar esta igualdad ni acomodarse a la ley que nos ha sido impuesta, de considerar a todos como nuestros semejantes. De aquí nacen esos grandes esfuerzos que hacemos para separarnos del común de las gentes y colocarnos en

más alta jerarquía, por los cargos o por los empleos, por el crédito o por las riquezas. Y si logramos obtener esas ventajas exteriores que la loca ambición de los hombres estima tanto, nuestro corazón se enorgullece de tal manera que miramos a los demás como de orden inferior, y apenas si conservamos el recuerdo de lo que tenemos de común con ellos».

En los anteriores conceptos, Bossuet señala una razón poderosa, que se escapó a los profesores seculares para indicar una de las causas más decisivas contra el espíritu de igualdad humana: la vanidad y la soberbia: vanos son los que, naciendo iguales a todos los hombres, por medio de invenciones necias y olopeleas, tratan de estar más alto que el común de los demás; y la soberbia que produce el estado en que coloca la vanidad a los hombres, da mayor cimiento a la diferencia formal creada para explotar a los pobres de alma y de cuerpo. Y a la vez, los dos vicios que están en el hombre con raigambres tan hondas e inmutables como las que constituyen el seno de nuestro planeta, han producido todas las luchas, todas las guerras, todas las miserias y todas las calamidades que han afligido a la humanidad desde que apareció sobre la tierra. Contra el derecho de igualdad, contra la igualdad están chocando tumultuosamente y de modo perenne, la vanidad y la soberbia, y mientras los hombres no traten, por medio de leyes y procedimientos sociales múltiples, de combatir esos vicios, el derecho a la igualdad será una ilusión psíquica.

«Esta verdad importante — continúa el sabio orador — confirmada por la experiencia, penetrará más útilmente en nuestro espíritu, si consideramos con atención los tres estados sucesivos porque todos pasamos: el nacimiento, la vida y la muerte. Cuando más de cerca ob-

serva la condición de esos tres estados, más se convence mi espíritu de que, por muy aparente que sea la desigualdad que la fortuna haya establecido entre nosotros, la naturaleza no ha querido que hubiese gran diferencia entre hombre y hombre.

«Fijándonos, primero, en el nacimiento, encontramos en él señales inequívocas de nuestra común flaqueza.

«Empezamos toda nuestra vida con las mismas debilidades de la infancia: al entrar en el mundo saludamos todos la luz del día con nuestro llanto, y el primer aire que respiramos nos sirve a todos indiferentemente para articular idénticos gritos. Esta debilidad del nacimiento produce en todos nosotros, generalmente, la misma serie de accidentes en todo el curso de la vida, puesto que grandes, pequeños y medianos, viven igualmente sujetos a las mismas necesidades naturales, se hallan expuestos a los mismos peligros y son víctimas de las mismas enfermedades. Al fin, y como término de todo, llega la muerte que, hollando la arrogancia humana, y echando irremisiblemente por tierra todas esas grandezas imaginarias, iguala para siempre las diferentes condiciones, por medio de las cuales creían los ambiciosos haberse sobrepuesto unos a otros; de modo que hay sobrada razón para compararnos a las aguas corrientes, como lo hace la Sagrada Escritura».

Bossuet, al dar la razón de las tres grandes etapas de la vida humana para vigorizar sus pensamientos, habló como un sociólogo acabado; en la hermosa ciencia llamada Sociología, se hace el estudio biológico del desarrollo de la vida humana para llegar a muchas conclusiones, entre otras, las relativas a la demostración de las teorías evolutivas y al singular desarrollo que todos los fenómenos si-

guen en su curso, el cual va por grados, por círculos, pasando de unas fases a las subsiguientes, y sin saltar jamás. Y a la vez, la argumentación de Bossuet es el apoyo más notable que la Sociología puede rendir a la Filosofía Jurídica para comprobar la igualdad.

Pero en donde se ven más brillantemente sentados los argumentos del gran orador sagrado, es cuando hace uso del símil para abultar sus conceptos:

«Porque del mismo modo que, por mucha desigualdad que se observe en las corrientes de los ríos que riegan la superficie de la tierra — continúa — todas ellas se parecen en que tienen un origen modesto; en que, durante su curso, arrastran sus ondas en virtud de una pendiente continúa, y en que van al fin a perder su nombre y sus aguas en el inmenso seno del Océano, donde no se distingue el Rhin, ni el Danubio, ni otros famosos ríos, de los más desconocidos riachuelos; de igual suerte todos los hombres empiezan su vida con las mismas flaquezas. Durante el curso de su vida, los años se empujan unos a otros como las ondas, y su existencia rueda y camina sin cesar hacia la muerte, en virtud de su pesantez natural. Por último, después de haber hecho, a semejanza de los ríos, algo más de ruido los unos que los otros, van a confundirse todos en el abismo de la nada, donde ya no se encuentran reyes, príncipes y capitanes, ni todos esos augustos nombres que nos distinguen a unos de otros, sino únicamente la corrupción y los gusanos, la ceniza y la podredumbre que a todos nos iguala. Tal es la ley de la naturaleza, y la igualdad necesaria a que somete a todos los hombres en estos tres estados notables, el nacimiento, la vida y la muerte».

Amplifica el gran orador en seguida su aseveración sobre que la vanidad ha producido ciertas desi-

gualdades aparentes, y señala los medios de que se vale el hombre para llegar a sus fines malévolos: señala la gloria de los antepasados para cubrir el común origen y la común miseria:

«¿Qué — pregunta con prosopopeya — qué pueden inventar los hijos de Adán para combatir, encubrir o borrar esta igualdad tan profundamente grabada en todo el curso de nuestra existencia? He aquí las invenciones con que pretenden hacer violencia a la naturaleza; y diferenciarse de los demás a pesar de la igualdad impuesta por ella: en primer lugar, para ocultar la común debilidad del nacimiento, todo el mundo procura engalanarse con la gloria de sus antepasados, y hacerla más brillante merced a esa luz prestada. De esta suerte se ha hallado medio de distinguir los nacimientos ilustres de los viles y vulgares, y establecer infinita diferencia entre la sangre noble y plebeya, como si no tuviesen ambas las mismas cualidades y no estuviesen compuestas de los mismos elementos. De esta suerte, se realza de un modo magnífico la calidad del nacimiento. En el curso de la vida es más fácil distinguirse por los grandes empleos, por las dignidades eminentes, por las riquezas y por la abundancia. De esta suerte se elevan muchos y se engrandecen, dejando a los demás en la hez del pueblo. Por lo tanto, sólo en la muerte que confunde por completo el orgullo humano, es inevitable la igualdad; y aunque la vanidad procura en cierto modo cubrir la vergüenza con los honores de la sepultura, hay pocos hombres sensatos que se consuelan de su muerte con la esperanza de un soberbio mausoleo o de espléndidos funerales. Lo único que pueden hacer esos miserables enamorados de las miserias humanas, es gozar de la vida hasta tal punto que no piensan en la muerte. Esta lanza varios tiros que preparan su triunfo. Se hace sen-

tir en todo el curso de la vida, merced al temor, a las enfermedades y accidentes de toda especie, y su último golpe es inevitable. Los soberbios creen hacer mucho con evitar los demás; es el único medio que les queda de sacudir el yugo de su insupportable tiranía, pues al desviarse de ella su espíritu, no sienten su amargura.

Al anatematizar los medios que la vanidad hace girar para diferenciarse del barro de que procede, el gran orador emplea otra vez la argumentación sociológica: invoca un criterio semejante al que se estudia en la doctrina espenkeriana sobre los antepasados, criterio que sirve en gran parte para fundamentar el origen de muchas instituciones políticas y sociales; pero mientras el gran Spenser lo hace como filósofo que señala los orígenes de ciertas instituciones humanas y prevé su evolución y simplicidad futura, el orador cristiano combate reciamente la vanidad que nace del acatamiento a los antepasados, por ser contrario a los principios de la verdad y de la justicia; y ambos pensadores tienen razón: el uno investiga para hallar la causa de los fenómenos sociales, para encerrarlos dentro de criterios científicos determinados, para deducir leyes y principios que marquen la norma de las investigaciones sociales, para estudiar los fenómenos con arreglo a principios lógicos acertados; en tanto que el otro ve el mal social y le abomina, quiere que sea visto, previsto y destruido por los sentimientos morales, especialmente los cristianos; quiere que en el corazón del hombre sólo aniden, como en un rosal de perfumadas flores, la humildad, la justicia y el amor; y hace resaltar la disolución final—muerte—del hombre para hacer ver que nada somos, y que el hombre, ante ese pavoroso fin, debe ser humilde, bueno y justo. ¡Magna conclusión moral!

Y el criterio del gran Bossuet, a nuestro entender, encierra, por otra

parte, la condenación de las tiranías que surgen de la soberbia humana. Es esto lo más trascendental, lo que debemos fijar en nuestro espíritu como un criterio fuerte: las tiranías han nacido de la vanidad y la soberbia humanas.

¿No es abominable ver a los hombres en las supremas alturas políticas,—enloquecidos por los honores creados para dar autoridad a los cargos, por el vaho del servilismo que fascina y ciega y por la tentación que producen los monstruosos sueldos que crea la codicia gubernamental,—hacer del poder y de los grandes medios que la sociedad puso en sus manos, un arma que sólo les sirve para humillar a sus semejantes, para defraudar sus esperanzas, para romper todos los derechos y prostituir todos los principios de justicia?

¡Bendecido sea ese orador que, a pesar de estar predicando en una época histórica de las más tremendas por la tiranía ejercida por el poder omnímodo de los Reyes de Francia, no vacila en decir la verdad, en socavar, con su palabra de oro, el formidable poder de los Reyes! ¡Y qué ejemplo tan eminente no encierran sus palabras para estos tiempos que corremos, en los cuales la palabra sacerdotal se convierte, frecuentemente, en un servilismo desenfrenado; en que ya no hay esa grande altivez de los genios del cristianismo, de aquellos genios que a despecho de sus vidas, se sacrificaron por el bien de la justicia humana y divina!

¡El hombre crea con sus vicios la tiranía de sí mismo, y de allí crea la que ejerce sobre los demás, entre las cuales la más negra e ingrata es la tiranía política!

Por fin agrega el orador:

«De esta suerte se conducen en los tres estados ya dichos, y de aquí nacen tres vicios enormes que hacen de ordinario criminal la vida del hombre, porque esa soberbia grandeza de que se lisonjean en su nacimiento, los vuelve locos y auda-

ces. El deseo desmesurado que los impulsa a ser muy superiores a los demás hombres en todo el curso de su existencia, hace que se encaminen a las grandezas por todas las vías, hasta las más criminales; y el amor desordenado por los placeres que disfrutaban en una vida llena de delicias, al desviar sus ojos de la muerte, hace que caigan entre sus garras de imprevisto».

Es una epifonema profunda, que engloba toda la bella oración del gran orador: los tres vicios que dominan y envilecen a los hombres, que hacen su vida criminal, son su soberbia, el deseo desmesurado por hacerse superiores a los demás y el amor desordenado por los placeres, los cuales le hacen caer del elevado pináculo en que debería encontrarse siempre.

El gran orador concluye como cristiano, invoca el castigo de la muerte para todos los que violan las leyes naturales. Pero, en verdad, la muerte, si es para todos, no es un castigo para los delincuentes desde luego que todos, buenos y malos, la sufren; hay en cambio que invocar en su sustitución las penas morales y sociológicas que se producen a consecuencia de una vida desordenada y violatoria de los derechos humanos: la falta de previsión y la audacia en los actos humanos rompen la vida en la mayoría de las eventualidades como si fuese una débil laminilla de vidrio;

las acciones criminales de los hombres son castigadas por una acción moral y social; y los desórdenes en sus distintos aspectos tienen un contrapeso en la ley de las compensaciones, en el equilibrio social y natural alterado, en la conciencia general que rara vez perdona y que juzga y condena bajo el sol.

El hombre empedernido, de tantas veces se encuentra castigado por múltiples circunstancias y hechos que él no ve ni siente si no es en sus efectos, y él engañado por su ignorancia, llama a los efectos que le hieren mala suerte, casualidad, poca fortuna; pero no hay nada de ello; lo que deja de percibir es la acción moral y social de los ofendidos y de sus malos hechos, que están obrando como las ondas hertzianas y que ejecutan con tanta precisión como que si el delincuente estuviese sentado en el banquillo de los ajusticiados.

Contra los vicios humanos que el gran orador señala como causa de la desigualdad formal existente, hay mejores paliativos que la muerte: la cultura que debe formar el corazón de los hombres, la práctica constante del bien y el ejemplo de los buenos.

EDUARDO ALVAREZ.



Dr. Don Rafael B. Collindres

Actual Magistrado propietario de la Corte Suprema de Justicia y distinguido Socio Activo del "Ateneo de El Salvador"

Nota.—Ver la oración pronunciada por Bossuet para enaltecer las virtudes del caballero *Enrique de Gornay*, en la Iglesia de San Maximiliano de Metz, a fines de octubre de 1658. (Oraciones Fúnebres y Panegíricos de Bossuet, vertidas al castellano por D. M. de Toro y Gómez).

El Oído de Turpiales

(Para el «Ateneo de El Salvador»).

A MI QUERIDO AMIGO
IGNACIO VASQUEZ GONZALEZ

EL viejo colono alzó la vista hacia Occidente como consultando el cielo, y luego dijo: son las seis de la tarde; dentro de dos horas habrá subido la marea y podremos partir.

—Pues esperemos, repliqué quitando el freno a mi cabalgadura que necesitaba de descanso después de la jornada que acababa de hacer desde Acajutla hasta el boquerón del Rosario, lugar donde me encontraba, en camino a la barra de Santiago. Iba yo solo, pues mis compañeros que llegaron al puerto, en el tren de la mañana, habían pasado ya y debían encontrarse a esas horas en la barra.

El viejo, único morador de aquel lugar, me invitó a pasara su vivienda. Era ésta una reducida casa pajiza: dormitorio, sala y cocina al mismo tiempo, pero estas incomodidades quedaban compensadas con el buen arreglo que el labrador había dado a su modesto ajuar. No se necesitaba mucho tiempo, ni un detenido exámen para tomar exacta nota de todos los objetos que en la estancia había; abarqué de una mirada aquel conjunto, y lo único que llamó mi atención fue un marco de madera pendiente de la pared, colocado entre silvestres flores ya marchitas, a la manera que los campesinos exornan las imágenes religiosas, y que contenía, en vez de las efigies divinas que yo imaginé al principio, dos retratos bastante deslucidos por el tiempo, y que representaban, el uno a Morazán y el otro a Napoleón I.

Como el viejo notara la atención con que yo observaba el cuadro, me

dijo: ¿Es también Ud. admirador de tan grandes Capitanes?

—Ciertamente—le respondí—conozco algo de la historia de esos hombres. El viejo me miró con lástima y sonriendo de un modo malicioso, repuso: Verdaderamente, Ud. no debe conocer mucho de la historia de esos a quienes llama hombres y que para mí son dos genios de la guerra. Puede que conozca más y mejor la vida de Bonaparte que la de nuestro Morazán, pues la historia de aquél está escrita con profusión de detalles, en tanto que la de éste, apenas si se menciona su nombre en una que otra página de nuestros concisos y raros textos didácticos. Pero yo que conocí la vida de don Francisco, puedo asegurar a Ud. que estableciendo un paralelo entre él y Napoleón, «el árbitro de la querrela de dos siglos», como le llamó un escritor, no resulta superior, como guerrero, al soldado de Centro-América.

Aunque no dejó de sorprenderme el lenguaje de aquel hombre, inusitado en nuestros campesinos, en su mayoría analfabetos, no di importancia alguna a este detalle y seguí escuchando sin interrumpirle, los apasionados comentarios que de Napoleón y Morazán hacia en su bélico entusiasmo.

Cuando creí llegada la hora de partir, propuse al viejo la marcha, de la cual parecía haberse olvidado por completo, en el calor de sus narraciones.

Luego que hubo colocado mi montura en un rincón de la casa y dado suficiente pienso a mi caballo,

apagó el candil que hacía un ratos alumbraba; encendió un hachón de ocote e invitándome a que le siguiera, me guió hasta el boquerón donde estaba amarrada la canoa.

—Sabe joven—me dijo en el momento que entrábamos en la chalupa—que la hora no es a propósito para aventurarnos en esta jornada? No deja de ofrecer algún peligro el paso por el «Zanjón de la Vieja», en una noche tan oscura.

Y qué tiene de particular el «Zanjón de la Vieja»? pregunté.

—Es la parte más profunda del estero—dijo—y cuando de noche se cruza una canoa, los lagartos de la poza la persiguen para hacerla zozobrar, y como es difícil *picar* en tal hondura, y más, contra la marea, no puede uno dar seguridad de hacer la travesía sin serios contratiempos.

—Yo también puedo *picar*; cuando Ud. se canse le ayudaré, y en cuanto a los lagartos, mi escopeta se encargará de ahuyentarlos—añadí, haciendo jugar las muelles de una española de dos cañones.

Volvió el viejo a mirarme con aire compasivo, y con aquella sonrisa de rústico taimado, que tanto me molestaba, dijo: Su hermosa huata de nada puede servir más en el «Zanjón de la Vieja», a menos que sea de estorbo.

Sin disimular la contrariedad que sus burlonas palabras me causaron, desabotoné precipitadamente mi blusa para mostrarle el cinturón del cual pendían un revólver de seis tiros y un agudo cuchillo toledano.

—De ese sí—dijo indicando el puñal—puede uno fiarse. Y colocándose de pie sobre la popa, hundió la vara en el agua, imprimiendo a la canoa un brusco movimiento que la hizo avanzar veloz y blandamente sobre la azulada superficie.

El suave balanceo de la canoa y la fresca brisa que soplaba, obraron tan benéficamente en mis miembros fatigados, que pronto me que-

dé dormido, con la escopeta entre las piernas y reclinada la cabeza sobre unas redes de pescar.

No se cuanto tiempo permanecí sumido en tan apacible sueño del que vino a sacarme la violenta sacudida de la canoa al chocar de proa contra un tronco de árbol a la orilla del estero.

—Qué pasa?—pregunté a mi conductor.

—Hemos llegado al Zanjón—me respondió—y es preciso atracar para descansar un poco.

—Ahí—repuse—está bien; como Ud. guste—y me volví a quedar dormido.

La media noche sería cuando el viejo, tirándome de un brazo, me despertó bruscamente.

Iba yo a protestar indignado ante tal impertinencia, pero el siniestro aspecto del colono, ahogó en mi garganta un terrible juramento.

A la rojiza y crepitante luz del ocote, ví al viejo de pie delante de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho; gruesas gotas de sudor inundaban su semblante lívido y un temblor convulsivo sacudía sus piernas.

Me incorporé cuanto pude, buscando con la mano la culata del revólver, fija la vista en el rostro de aquel hombre.

—Qué hay?—le interrogué.

El, sin moverse, me contestó humildemente: Perdone caballero que lo haya despertado; no supe dominarme; he tenido un momento de invencible miedo. Perdone, joven, los campesinos somos muy supersticiosos, hace poco, he creído oír un lamento y ha venido a mi memoria el terrible drama que hace algunos años se desarrolló a estas mismas horas en la poza donde hoy nos encontramos.

—Y qué drama es ese? Desearía conocerlo—dije sacando de la alforja una botella de coñac y ofreciendo un trago a mi acompañante.

Bebió con fruición el confortante licor y encendiendo su pipa, di-

jo: Mientras empieza a clarear, voy a contarle esa historia, porque Ud. así lo quiere.

Se sentó ya sosegado frente a mí, y comenzó de esta manera su relato.

«En las montañas por donde Ud. ha pasado hoy, hace mucho tiempo vivían dos familias de colonos. Era la una la del tío Lucas, poco numerosa, pues apenas se componía del marido, la mujer y una hija. La otra así mismo formada por tres personas: Pedro, su mujer y su hijo Daniel.

En la época en que principiaron a desarrollarse los sucesos que voy a referirle, Marcela, la hija del tío Lucas, era una hermosa morena que no llegaba tal vez a los quince años; la suavidad y tersura que a su rostro habían dado las auras puras de la selva, imprimían un sello aristocrático a las facciones de la bella campesina; sus grandes y rasgados ojos negros de mirar profundo y misterioso como el insondable abismo, y sus cabellos de ébano que caían en bucles sobre sus espaldas y sus hombros, la hacían un modelo perfecto de la pecadora de Magdala. Alta y esbelta, por su noble continente hubiera parecido una princesa, si no hubiera sido tan humilde y tan modesta: era una violeta del campo.

Daniel, guapo mocetón de veinte años, robusto y airoso como un toro de la pampa, era el amigo y compañero de Marcela. Las dos familias tenían muy cerca sus cabañas y los jóvenes habían crecido bajo el mismo techo; juntos habían aprendido a leer y una y otro se habían ido iniciando, al propio tiempo y sin darse cuenta, en los misterios del amor... Del cariño y la confianza, al amor, no hay más que un paso, y ellos lo dieron inconscientemente.

Fue en una tarde de primavera; sentados a la sombra de un añoso conacaste, a la orilla de la fuente, Daniel y Marcela se contaban sus asuntos. Él aspiraba a una posición mejor: joven, lleno de vida, instruyéndose solo con los libros que llegaban a sus manos, se sentía con fuerzas y capacidad bastantes para acometer cualquiera empresa. Conocía la vida de Abraham Lincoln, que había leído hacía poco en una miscelánea de Estévanez, que compró en su último viaje a la ciudad, y se decía, que así como el obscuro leñador que fue después redentor de los esclavos, podría él, ignorado campesino, llegar a ser un grande hombre, o cuando menos, prestar algún servicio a la humanidad que gime, y entusiasmándose cada vez más a medida que forjaba sus bellas ilusiones, vagaba su pensamiento por un mundo superior al cual ya no se creía él extraño.

Y tú, Marcela?—dijo de pronto, refrenando su inquieto pensamiento.

—¡Yo!— exclamó ella tristemente —¿a que puedo aspirar, pobre labriega, condenada a vivir en la montaña y morir tal vez abandonada en la soledad del bosque?

Esta respuesta hizo volver a Daniel a la realidad de su mezquina existencia.

Tienes razón—dijo —es una locura que yo pretenda salir de mi triste condición de bestia de carga...⁶

¡Oh, no!—se apresuró a decir la niña—tú bien puedes trocar tu posición actual por otra más brillante. El porvenir es del hombre, Daniel, y sobre todo, del hombre que como tú tiene energías, inteligencia y buena voluntad; no deseches las ideas que sustentas y verás que llegará un día en que los que ahora no son más que halagadores sueños se convertirán en hermosas realidades. Ten confianza. ¡Oh!, si yo pudiera ayudarte!

—Te gustaría verme convertido en otro hombre?

—En otro hombre, en esfera más alta, sí; pero anidando tu pecho el mismo corazón que ahora late dentro de él.

—¡Cómo! temerías que con mi posición, cambiaran también los sentimientos de mi alma?

—Tal vez—murmuró ella—en otro ambiente y entre nuevas gentes, olvidarías a la pobre campesina que tanto te ha querido, y sin embargo del temor que abrigo, desearía que tus deseos de grandeza se cumplieran, y aunque yo, sola y abandonada en el mundo, devorara en silencio mi amargura.

—Es que yo no te abandonaré nunca!—exclamó Daniel oprimiendo entre las suyas las manos de Marcela. Y asustándose del apasionado arranque en que por vez primera habló su corazón de amante, a la idea de separarse de Marcela, soltó las manos de ésta e inclinó la cabeza avergonzado.

Ella lo miraba a través de las lágrimas que bañaban sus ojos.

Por largo rato permanecieron silenciosos, comprendiendo ahora la intensidad de su amor y pareciéndoles imposible poder vivir el uno sin el otro.

Sacándolo de su ensueño, la conciencia de la realidad cayó sobre Daniel.

—Oye Marcela—dijo de pronto—Ya que el destino quiere que por el amor estemos unidos para siempre, mi ambición gira hoy dentro de muy estrechos límites: Poseer un pedazo de terreno acotado para explotar por mi cuenta los cultivos, y en donde pudiera tenerte a mi lado, constituiría para mí la mayor dicha; y éste no es un proyecto quimérico porque con mi trabajo puedo llegar a ser pequeño propietario; resta sólo saber si tú consientes en ser la compañera de mi vida, ¿quieres?

—¡Ay!—dijo la niña—¿Por qué me lo preguntas? Demasiado sabes que solo tú puedes hacerme feliz.

Daniel la estrechó tímidamente contra su pecho, y al contacto de aquel delicado cuerpo que palpitaba entre sus brazos, en un transporte de pasión irresistible, depositó un beso sobre la frente pura de Marcela, sellando así el juramento de amor que le hacía ante Dios que llenaba la soledad de los campos.

Los rayos del sol poniente iban dorando las elevadas copas de los árboles y las aves acudían presurosas a sus nidos anunciando el próximo fin del día.

Los jóvenes se disponían a abandonar aquel sitio encantador, cuando Marcela notó, en una rama del conacaste, un nido de turpiales que se balanceaba a impulso de interiores e inquietas sacudidas.

—Quizás tenga pichoncitos—dijo.

Y como manifestara deseos de cerciorarse, Daniel se apresuró a satisfacerlos subiendo al árbol y bajando a poco con el nido, que entregó a su compañera. Pero en el momento de dárcelo, salió de él volando con axtremada dificultad, un hermoso turpial de colores encendidos que fue a posarse muy cerca, en otra rama del árbol.

—Mira Daniel, que lindos *chiltotios*—exclamó la niña tomando en sus manos las dos crías—¡Ay Jesús! parece que van a morir—y les soplabla los piquitos queriendo reanimarlos con su aliento.

—El pájaro está herido—dijo Daniel, observando que la paja del nido estaba manchada con sangre fresca.

En el momento, y como para confirmar las palabras de Daniel, el turpial voló de nuevo y fue a posarse sobre el nido, cubriendo con sus alas, una de las cuales manaba abundante sangre, el sitio en que había dejado a sus hijitos.

Daniel, con muchas precauciones para no lastimarlo, se apoderó de

él, pero el pájaro no hizo movimiento alguno: estaba muerto.

Los dos jóvenes se sintieron conmovidos ante aquel triste incidente que había seguido a sus momentos de dicha.

—Cuidaré de los pichoncitos—dijo ella acariciándolos.

—No vivirán— murmuró Daniel.

—¿Qué mano cruel habrá dado muerte a este pobre animalito?, se preguntaba la niña.

—Debe haber sido el *niño del patrón*, pue hace poco se divertía matando pajarillos con su escopeta—contestó Daniel.

—¡Ah! dijo Marcela, como hablando consigo misma—cuánto daño hacen los hijos de los patrones cuando quieren divertirse!—y se quedó pensativa.

—¿Por qué te inquietas tanto? dijo Daniel.—Vámonos.

—Durante el trayecto no desplegaron los labios; ya cerca de la casa, dijo Marcela, esforzándose por sonreír: ¡que tonta he sido! me había preocupado demasiado lo del *nido de turpiales*.

Por esos días había llegado en compañía de sus dos hijos, el dueño de la hacienda, que residía habitualmente en la capital. El mayor de ellos, en sus correrías por el bosque, llegó a la vivienda de los padres de Marcela, en un momento en que la joven se encontraba sola. No pudo ocultar su admiración ante aquella rural belleza que eclipsaba los encantos de las ricas herederas que él acostumbraba cortejar en las ciudades. Habló con ella unos instantes. Marceia, inocente y confiada, se mostró con él afable, sin sospechar que su hermosura había cautivado el corazón de aquel mancebo.

—¿Como te llamas? le preguntó, en el momento en que iba a retirarse.

—Marcela—contestó ella con indiferencia.

¡Oh, que nombre tan bonito!—¿Sabes, Marcela, que eres muy hermosa y que se morirían de envidia, si te vieran, las que se tienen por incomparables beldades? y quiso abrazar a la muchacha. Pero ella, midiéndolo de los pies a la cabeza con una altiva mirada, le dijo con airado acento: ¿Que quiere usted hacer caballero? Cuando le he concedido derechos para que pretenda ultrajarme de ese modo?

—Perdone Vuestra Majestad, reina mía—dijo él disimulando apenas su contrariedad—no creía ofenderla—y echándose la escopeta al hombro, se dirigió a la casa de la hacienda.

Aquella misma tarde, cuando Daniel regresó del trabajo, le refirió Marcela la escena desagradable que había ocurrido entre ella y el hijo del patrón.

—¡Cómo! quería abrazarte! exclamó Daniel con un grito, que más de grito humano, tenía el salvaje acento del rugido de una leona a quien intentaran robarle su cachorro. Hiciste bien en rechazarlo. ¡Estos ricos se creen con derecho a⁴tocarte!—y empuñaba con mano convulsiva el mango de su afilado cuchillo.

Marcela sintió miedo e inquietud, y tratando de calmar a Daniel, le dijo: Nada temas, creo que no volverá a intentarlo; todo ha sido un pasajero capricho de *ese señorito*.

Pasaron algunos días sin que nada turbara la dicha de los dos amantes, y, sin embargo, en aquella aparente calma se preparaba la tempestad que caería sobre sus cabezas.

El hijo del patrón, tenaz y porfiado como todo libertino, acechaba con paciencia la oportunidad de echarse sobre la codiciada presa.

Una mañana, un mes después que el patrón y sus hijos se habían ido a San Salvador, se presentó en la

hacienda un pelotón de soldados que andaba, según dijeron, reclutando gente para el servicio militar. Entre los mozos hábiles que capturaron, se encontraba Daniel, que, al día siguiente, después de despedirse de Marcela, prometiéndole volver en cuanto cumpliera su tiempo de servicio y de recomendarla a sus ancianos padres, fué conducido a la Capital.

Ya incorporado en el ejército, Daniel hacía rápidos progresos en la carrera de las armas. El capitán de su compañía lo ascendió a cabo, y pronto le fué conferido el grado de sargento. Su vocación por la noble carrera, se acentuaba cada vez más, y para esto venían a ser poderosos incentivos los relatos que los viejos oficiales le hacían de las campañas de Morazán, de quien habían sido soldados.

Oía, a menudo, hablar de Napoleón, y quiso conocer su historia. Napoleón y Morazán fueron sus ídolos, y en sus anhelos de emulación, creía que si no podría como el mártir de Costa Rica, llegar a ser el primer sostenedor de la Unión Centro Americana, no le sería imposible figurar como paladín de la Unidad del Istmo. Y, ya que la oportunidad podía de un momento a otro presentarse, quería satisfacer sus ambiciones, para hacer a Marcela más dichosa con sus glorias.

Bajo estas lisonjeras impresiones se encontraba su espíritu cuando llegó a verlo al cuartel uno de los mozos de la hacienda, quien, sin rodeos, le contó cuanto había pasado desde que Daniel se retiró de aquel lugar. Lacónica fué la narración, pero tan amargamente expresiva, que cada palabra del labriego, caía como plomo derretido sobre el corazón del sargento: "El hijo mayor del propietario había vuelto a la hacienda, y como Marcela evitara el encontrarse con él, varió su táctica de persecución, y valiéndose de una vieja alcahueta amiga de Marcela, logró por fin satisfacer sus deseos.

La despreciable harpía invitó una mañana a Marcela para que fueran a bañarse al río. La joven aceptó; y al acabar de bañarse, la vieja sacó del bolsillo un frasquito con aguardiente y ofreció un trago a Marcela, que al principio quiso excusarse de beber por serle muy desagradable el embriagante licor. Mas la vieja la instó tanto que la niña apuró un sorbo del líquido. Cuando se estaba vistiendo se quejó de un ligero desvanecimiento de cabeza, pero su compañera la tranquilizó diciéndole que era efecto del aguardiente en un cerebro tan débil como el suyo. Sin embargo, el malestar continuó, y sintiendo debilitarse su cuerpo, se sentó sobre una piedra. Tengo pesados los párpados—dijo a la vieja—¿Que me ha dado U. a beber? Aguardiente, hija mía—contestó—nada temas; ese sueño lo produce algunas veces el baño; espérame, voy a buscar unas yerbas y ya verás como luego te pasará eso, y diciendo así desapareció detrás de unos matorrales. En este instante se presentó un hombre delante de Marcela: era su perseguidor. La niña lanzó un grito de espanto; quiso levantarse para huir, pero no pudo, las piernas le flaqueaban, se le cerraron pesadamente los ojos y cayó desvanecida. . . Cuando despertó, estaba completamente sola; sus ojos se llenaron de lágrimas, y pensando en Daniel, lloró su virginidad perdida en los zarzales del monte. . . Al volver a su casa, contó a sus padres lo que había ocurrido. El anciano tuvo un acceso de furor; maldijo a la infame vieja, y formuló terribles amenazas contra el hombre que había tan villanamente deshonrado a su hija. Pronto supo la rufiana las amenazas del tío Lucas, y se apresuró a decirselo al señor, que ese mismo día partió para San Salvador, dejando a su pobre familia sumida en la desesperación.

Fue tan grande el sufrimiento de Marcela, que perdió la razón, y una tarde desapareció de la cabaña

de sus padres para no volver jamás. Unos arrieros, que venían de la barra, contaron que el día anterior habían visto a una joven, al parecer loca, arrojarse en el «Zanjón de la Vieja»; ellos intentaron salvarla, pero los *lagartos* del estero impidieronles realizar tan generosa acción. Pocos días después, la madre de Marcela, fué llevada moribunda a Acajutla, mientras el tío Lucas era conducido a la cárcel, procesado por amenazas a muerte al dueño de la hacienda.»

—¿Y mis padres?—preguntó Daniel al labriego.

—Tu padre, murió hace más de un mes y tu madre se encuentra ahora enferma en el Hospital.

—¡Ah!—dijo Daniel inclinando la frente—¡Cuántos males que ya no tienen remedio!

—Si—murmuró su amigo—ese hombre te ha causado muchos males; por él te trajeron al cuartel cuando supo que Marcela te quería, consiguió que te pusieran *de alta* para que no pudieras impedirle la realización de sus designios.

—Ahora comprendo—dijo Daniel que aquella escolta fué expresamente a traerme, y comprendo también porque todo me conceden, menos permiso para salir *franco* un momento.

Cuando el labriego se despidió, quedó Daniel sumido en tristes meditaciones. Su alma estaba herida de muerte. ¿Que hacer? Licencia para ir a ver a su madre era demás solicitarla, porque no se la concedían. Entonces pensó en la deserción, pero rechazó indignado este pensamiento. ¡Como! desertar un sargento del Ejército ¿Y la moral militar que aconseja el honor como norma del soldado? Y a esta sola idea se sintió avergozado. Recordó día por día el tiempo que llevaba de servicio, y en todo el no había cometido una acción indigna. ¿Y sería posible que manchara sus limpias fojas de servicio con tan cobarde delito? Y quiso hacer de su conducta

pasada el paladín de su proceder futuro. Quiso afirmarse más y más en su elevado propósito de sufrir con resignación los rudos embates del destino, pero el infeliz no pudo. . . . Y una noche desertó de su cuartel, sabiendo que con esto moriría moralmente y se vería reducido a andar como el criminal huyendo de monte en monte. Pero nada de esto le importaba ya desde que perdió a Marcela. Por otra parte, esta vida errante, tal vez le proporcionaría más presto su venganza.

En aquel tiempo los medios de comunicación entre la Capital y las autoridades del resto del país, eran muy deficientes, y tenía la seguridad de que, sabiéndose ocultar fácilmente, burlaría la acción de la justicia.

En Sonsonate, tomando las debidas precauciones, fué a la cárcel a ver al tío Lucas. El viejo, llorando, le contó, con todos sus pormenores, los tristes sucesos de la hacienda. Ante la actitud de Daniel, el anciano trató de disuadirlo de sus ideas de venganza, diciéndole que dejara a Dios el castigo del culpable. Daniel nada le prometió, y al salir de la cárcel se dirigió al Hospital donde encontró a su madre agonizante. La buena mujer, al conocer los siniestros propósitos que su hijo abrigaba para con el autor de sus desgracias, le suplicó que jamás buscara los medios de llevarlos a cabo. El joven le prometió no tomar venganza, si ese hombre nunca se cruzaba en su camino.

Al cabo de algunos años volvió Daniel a la hacienda, que era ya de otro dueño, para vivir en ella, ignorado y solo, con sus amargas memorias.

Allí, en su retiro, y como obedeciendo a un misterioso designio, la casualidad lo puso frente a frente a su enemigo. . . . Era una noche de luna, en la época en que los temporadistas frecuentaban la barra de Santiago. Daniel estaba ya acostado, cuando llamaron a la puer-



Doctor Don Lázaro Mendoza

Magistrado Suplente de la Corte Centroamericana, Magistrado propietario de la Corte Suprema de Justicia y cooperador entusiasta de los ideales culturales del "Ateneo de El Salvador"



ta. Abrió y se encontró con un hombre de mediana edad, que le rogó con insistencia lo llevara inmediatamente a la barra. Al timbre de aquella voz, Daniel se estremeció; no le era desconocida, y pronto reconoció al personaje. Inmediatamente entró en su casa, sacó un cuchillo y se dirigió con el viajero al boquerón, donde tenía su canoa. Al embarcarse en ella, el hombre le ofreció un puro que Daniel rehusó con un signo negativo de cabeza. Se pusieron en marcha, sin que ninguno de los dos proferiera una palabra. Al llegar al «Zanjón de la Vieja,» Daniel, interrumpiendo el silencio de la noche, dijo con voz sombría: Dicen que aquí se ahogó una muchacha que no pudo sobrevivir a la afrenta que un villano le infiriera. El viajero, al oír esto, se turbó un tanto, pero reponiéndose pronto, soltó una carcajada y dijo: Si, fue una víctima del amor que juzgó muy romántico suicidarse de ese modo.

Daniel no pudo contenerse más —Y sabes— le dijo— que la desgracia de esa joven ocasionó también la desventura de dos honradas familias?

—Puede ser— dijo el otro— pues un labriego estaba enamorado de ella como un imbécil.

Pues ese imbécil, señor mío—gritó Daniel— juró vengar la deshonra de su amada y las desgracias de aquellas dos familias, cuando el infame que las consumó se presentara ante él. Y levantando muy alta la falda de su sombrero, que hasta entonces le había ocultado el rostro, se acercó bastante al viajero—Mírame bien—le dijo—Yo soy Daniel, al hombre a quien tan gravemente has ofendido.

El otro sintió que un frío mortal sacudía todo su cuerpo, y con voz temblorosa murmuró. ¿Y que quieres de mí?

—Matarte, miserable!—rugió Daniel arrojando la vara de picar y blandiendo en las manos su relucien-

te cuchillo. Pero quiero que te defiendas; llevas al cinto dos pistolas, has uso de ellas si no quieres que te mate como a un perro. Pero el hombre no se movió, aterrado ante el severo aspecto de Daniel. Perdóname—dijo al fin—yo repararé el daño que te he hecho; te daré dinero, mucho dinero, pero. . . . Daniel no le dejó concluir, enfurecido le escupió a la cara diciéndole: eres cobarde como todo miserable!

—Mátame pues—dijo el hombre cayendo de rodillas y apoyándose en la borda de la canoa.

—No—replicó Daniel—no te mataré así, no soy un criminal; soy un soldado que hace muchos años lleva una herida en el alma, y un verdadero soldado jamás se convierte en asesino vulgar. Veamos si Dios quiere castigarte, y si no eres tan culpable como yo creo, la Providencia te salvará y yo no intentaré impedirlo aunque tu salvación comprometería mi libertad que estoy dispuesto a defender a costa de mi vida.

Hablando de esta suerte, volcó la canoa en lo más profundo del estero, y ambos cayeron al agua.

Daniel, nadando con el cuchillo en la mano, para rechazar una agresión de los lagartos, bien pronto ganó la orilla, mientras que el otro, bajo la influencia del miedo, apenas podía bracear, pidiendo socorro con angustiosos lamentos. ¿Pero, quien podía oírle en aquella soledad? Sólo Daniel era espectador de aquella escena de muerte. . . . De pronto, la débil voz dejó de oírse; un grito de dolor, seguido de un silencio sepulcral, puso término a los lamentos que turbaban la calma de la noche. Daniel, montado en la canoa que había logrado arrastrar a la orilla, se internó en el «Zanjón», y a la luz de la luna, vió el agua que a trechos se teñía de sangre. Ya no tuvo duda: los lagartos habían hecho presa del cuerpo de su enemigo.

Tranquilamente volvió a su casa, sin que nadie lo inquietara después

y borrosas hojas—no por el tamaño sino por la carencia de racionales fines—de ciertos pueblos chicos que aún no son timbre de la raza latina, y se me enciende el rostro de vergüenza. No son lábaros de alianza sino semáforos de mezquinas lidias. En aquellas repugnantes hojitas suele repetirse con descaro que “la prensa es el termómetro de la cultura de un pueblo,” frasecilla de cajón que sin pensarlo proclama la verdad. ¡Exacto termómetro de la temperatura ambiente! ¿Por qué? porque en vez de enervorizar los agonizantes, los tibios ideales, ciertos diarios no muy serios dan la medida del morbo circundante y explotan sólo la inagotable mina del escándalo en su forma ruin: el insulto. Corregir, está muy bien ¿pero denigrar? La sangre se carboniza en las venas, la sociedad sucumbe al contagio de fiebre tempestuosa. Pécima muestra de la honorabilidad de aquellas redacciones pigmeas que dan cabida—acaso con soldada—a hirientes y disociadores artículos, mal ejemplo para la juventud ávida de novejades y ponzoña para la sociedad que a diario soporta la inyección letal. Es probable que las revueltas intestinas se engendren y crezcan en aquellos antros que debiendo ser de ilustración se rodean de obscuridad, que convierten el plomo tipográfico en balas *dum-dum* pulverizadoras del país. Todas las empresas periodísticas se magnifican llevando como divisa el último pensamiento de Goethe: “Luz, más luz.”

Hay escuelas y universidades para aprender a construir edificios, como también para curar animales, ¿y no habrá para levantar el edificio social sobre sólidos cimientos y para curar la salud de las naciones? Al rábula, al brujo curandero se les castiga. A presidio va el monedero falso. ¿Qué sanción para el que usurpa el nombre de periodista? Batid palmas: es un genio: da

pecunia feble por oro, falsea la opinión pública, enloda los hogares y las reputaciones, sugestiona a las multitudes que, escuchándole, se lanzan a la bárbara matanza, a la demolición criminal que nada deja en pie, al saqueo inicuo, al sacrilego arrastre de cadáveres augustos... ¿Piedad a los vencidos, respeto a las instituciones, consideración a las personas? ¡Quíá! A todos la pedrea inhumana, para todos el tratamiento rústico, contra todos la inquina gratuita, sobre todos la lluvia de burlas y denuestos. Para el miope moral de las charlas guasonas, las circunlocuciones y los eufemismos son figuras ociosas, por más que la rudimentaria urbanidad los esté aconsejando. Pisotones, garratazos a destajo del ciego pseudoperiodista: pan, pan, vino, vino, con pesadez de adobe, descomedida, antiestéticamente. ¡Un patán no escribe de tal laya! El pueblo, en lugar de pulirse, se vuelve más ordinario con la diaria terca admonición, con la vil charla sempiterna.

Me pongo a registrar algunas colecciones, no de los periódicos-modelo, sino de ciertos papeluchos impresos y manchados que todavía circulan en el Nuevo Mundo. ¡Tiempo perdido! Pero me queda una enseñanza: no volverlos a leer jamás, ¿Por qué? Porque causan bascas. Concretándome a un solo pueblo, voy señalando en el semi pasquín de mi experimento los vocablos denigrantes, los de grueso calibre, los brotes del odio. Mi lápiz azul deja estas páginas como un mapa: en un mes, en el consabido periodicucho con pretensiones de nacional, alcanzo a subrayar dos mil palabras apuñaladoras, incultas, groseras contra lo más distinguido de aquella misma sociedad entre la que ¡asombraos! circula aquel diccionario canallesco. En el colmo de la insania acometedora, se toman las voces aborígenas, indígenas, indio, como quemantes ofensas, y con ellas se forman ridículas parrafadas acu-

sadoras, populacheros sarcasmos. Quién así maldice, a la faz de todo un pueblo, no toma en cuenta, ayuno de etnografía, que en la América indoespañola no hay razas puras. En ninguna parte las hay. Ni en Grecia, la clásica, baturrillo de cien colonias, ni en la América del Norte, la colmena moderna, mezcla de todas las razas, conjunto de todas las energías.

No es periodista quien tal procede, por más que llene páginas y páginas con vaciedades, invectivas y explosiones de rencor, atrayendo la curiosidad de los lectores, metiéndoles por los ojos los grandes caracteres que les tientan, provocándoles con títulos, subtítulos y sumarios gordos y sugestivos.

El periodista genuino, como el pastor de estrellas de Federico Mis-

tra!, lleva en sus ojos inmensos y escrutadores, ávidos de horizontes y de buenas nuevas, "la gloria de la cumbre," porque este moderno sacerdote "del naciente sol es el primero que recibe la lumbre." Sus periódicos, iris de paz y de progreso, se visten del fulgor de los astros e iluminan el mundo.

Fuljan siempre en América estas sublimes antorchas, alimentadas con el combustible de preclaros cerebros, arrulladas con la música de las rotativas de raudo vuelo y el vertiginoso teclear linotípico.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.
(Socio Correspondiente)

Quito. — 1915



NUESTRA BANDERA

L UCHAR! esa es la vida: llevar sobre las sienes
la corona de espinas del sueño o el ideal;
sentirse Prometeo, despreciar los desdenes
de la turba y los acres acíbares del Mal.

¡Vencer es necesario! El siglo lo reclama:
al canto de la lira hay que agregar la acción;
y lanzarse a la arena, — muy alto el oriflama,
con músculos de acero y garras de león.

¡Luchar! ¡Vencer! Poeta: está es el nuestra bandera;
marchemos a la cumbre en donde Triunfo espera
y nuestro verbo sea la luz de reñención.

Que sea nuestra pluma cual refulgente espada;
que sea nuestro canto como una clarinada
que conmueva a esta América que descubrió Colón.

BENJAMIN URBIZO VEGA.
(Socio Correspondiente)

La Celba. — Honduras. — 1915.



Petras Extranjeras

LA IMAGINACION BRASILEIRA

RASGO característico del Brasil es la «imaginación». No la facultad de idealizar ni el poder de crear ni tampoco la actividad del pensamiento y de la abstracción, sino más bien la ilusión que surge de la representación del universo, estado de magia en el cual la realidad se disipa y se transforma en imágenes que animan, obsesionan y exaltan al espíritu.

Los remotos orígenes de la imaginación brasileña se hallan en el alma de las razas diversas que se confundieron en el prodigio de la naturaleza tropical. Cada pueblo llevó allí su melancolía, llegó con el espíritu lleno del terror de los diversos dioses, de la angustia de los recuerdos de un pasado perdido para siempre y de esa indefinida inquietud que se levanta de la tierra extranjera. Así ha nacido esta sensibilidad implacable que exalta y abate el espíritu en que se reflejan sus aspiraciones y sus deseos, que es la turbia fuente de la poesía y de la religión, a través de la cual tratamos de poseer el Infinito, para caer después de esta patética carrera en la bruma de la inacción y del sueño.

Fueron los portugueses nuestros abuelos europeos, y entre todas las naciones latinas, es el Portugal la que menos acepta una definición precisa. No hay concepto que exprese el singular contraste del alma de Portugal, que oscila eternamente entre el sentimiento realista y un constante espejismo. Entre todos los bárbaros latinizados fueron quizás los lusitanos los más sombríos. Nunca alcanzaron la claridad de los galos, ni el agudo misticismo

de los iberos, ni la expansión de humanidad sobrenatural que es el fondo de la sensibilidad estética de los italianos. Su nativa pesadez los ha ligado a la tierra y ha formado su espíritu realista. Fué humilde su alma: íntimamente vinculados a las cosas, han trabajado y amado la tierra, y más tarde, cuando llegó para ellos la hora del arte, no han tenido fuerza para crear, para dar al mundo una sensibilidad nueva y han sido siempre perfectos artifices de ideas ajenas. Lo más notable en ellos es la unión de tanto realismo y de tan grande tristeza. Roma infundió al espíritu latino una melancolía que los griegos no conocieron. Sea por su expansión en el mundo, sea por su avance conquistador y porque en ella se confundieron tantas razas y tantos dioses tenebrosos, sea por la conciencia de un formidable destino nunca igualado, es lo cierto que en el sólido e inmenso edificio del egoísmo romano, suavizaron la dureza del cinismo las misteriosas lágrimas de las cosas y que en la infinita soledad del alma penetró el terror de la noche eterna. . . Eterna Nox. . .

A esta antigua melancolía han unido los portugueses la que surge del océano. Fue para ellos el mar una extraña tentación. Los llevó al apogeo de la energía nacional y los arrastró también a su pérdida. Se esparcieron por el mundo, conquistaron gloria y renombre. Bruscos soldados y rudos marineros abandonaron un día sus puertos atraídos por el miraje, desaparecieron para siempre en los mares infinitos, y todavía en los ojos

dulces y tristes de las mujeres portuguesas se adivina el recuerdo de las carabelas.

En el Brasil, la Naturaleza es una maga prodigiosa. Mantiene el espíritu del hombre en el éxtasis, hechicera eterna. Donde quiera es abrumador el espectáculo y los personajes de este drama encantado son la luz que dora la fisonomía de las cosas, los colores que asombran, las formas que turban el mar inmenso, los ríos voluminosos, las planicies aletargadas en la melancolía del desierto, la selva invasora, los árboles que murmuran azotados por vientos alucinados. . . Se extravía el espíritu del hombre. No se siente comunión con la Naturaleza. Y la imaginación hace brotar una salvaje mitología que florece en seres fantásticos, en dioses y leyendas. Hay un gran enigma en este prestigio de la Naturaleza y casi siempre es el hombre imagen moral del medio físico en que se ha formado y ha vivido indiferente. Si es hombre de mar, es como la roca, meditativo y taciturno; si del campo, evoca los árboles silenciosos, inmóviles y fecundos. Si es minero, participa de la esencia misteriosa de la tierra. . . En el Brasil el espíritu del hombre rudo, que es el más significativo, refleja el paisaje, la espléndida y desordenada selva tropical que lo rodea y lo ha creado a su imagen. Hay en él una floresta de mitos. Leyendas de todas partes que se mezclan, del Mediterráneo sagrado, de la incierta Islandia, de las estepas, del desierto, leyendas del Oriente fabuloso que se deforman en largos avatares y se entrelazan con las leyendas rústicas, rudimentarias, que trajo la ola negra, a esas otras leyendas nacidas en la espesura americana, mitos físicos de la Na-

turalaleza: todo ello forma un todo único y confuso, misterioso y extravagante, que es el alma del hombre brasileiro. Para él todos los seres mitológicos tienen vida real, son tangibles y activos, lo mismo las ninfas de las aguas bellas y enigmáticas, que los dioses del bosque errantes y tenebrosos. El subjetivismo mítico es tan profundo e intenso en los espíritus que es imposible precisar dónde comienza para ellos la realidad objetiva y donde termina el sueño en la floresta de los mitos. La historia del Brasil es la historia de esta imaginación. Durante siglos fue el oro el gran fascinador. La atracción del fabuloso metal inspiró todos los movimientos individuales o colectivos. Fue el miraje de una ardiente codicia. Gentes en tropel recorrían la tierra en frenesí de conquistas, y cuando hallaban otros grupos en la espesura, se combatía y se moría, y se llenaban de sangre humana las heridas de la tierra rasguñada, agujereada por los cazadores del oro. . .

Fué recorrido en todos sentidos el país, destrozadas las florestas, hendidos los campos y perdieron las montañas su misterio. Creció el hombre en energía y su poder diabólico de destrucción se convirtió en locura.

Pero de este furor ha nacido la civilización amasada con la sangre y el barro sobre la tierra maravillosa. El oro ha sido el poder, la fuerza, la primera revelación brasileira para el mundo codicioso y absorbido. Fue el punto de partida para otros espejismos, y desde entonces todo llega a ser dorada ilusión.

J. GRACA ARANHA.

(Socio Correspondiente)

Brasil. — 1915.



PLEGARIA AL SILENCIO

PADRE nuestro que estás en las serenas
cumbres de eternidad blanca y dormida,
abuelo de las hadas y sirenas
que fascinas el alma del suicida.

*

Limbo de las conciencias solitarias
que, enfermas de sutil melancolía,
pulverizan sus alas cinerarias
en el quinqué tumbal de la atonía.

*

Noble y bello señor que en tus jardines
de sombra azul fecundas las centellas,
y te aduermes después en los cojines
de nubes tachonadas con estrellas.

*

Del beso y del quejido de la alcoba,
del amor y el dolor, tienes las llaves,
y en heráldica tumba de caoba
reservas de la música las claves.

*

La verdad de la vida misteriosa
guardas desnuda tras opacos velos
y la pasión se afina en la sedosa
selva de tus convulsos terciopelos.

*

Ermitaño de pálidos confines,
huyes de bulliciosas alboradas,
para ocultar en frondas de jazmines
tu rebaño de nubes descarriadas.

*

La canción interior, ante el bullicio
áspero que los aires anonada,
te pido que le arranques el suplicio
del Motor que es el nuevo Torquemada.

*

El humo de las cálidas bencinas
asfixia los espíritus intensos
que anhelan elevarse en las neblinas
pudorosas de tus místicos inciensos.

*

Muchas pupilas líricas, sinceras,
buscan sopor de paz en tus cristales
cual se buscaba a Dios en las vidrieras
trémulas de las viejas catedrales.

*

Los que te aman recuerdan el eterno
letargo precursor de su existencia

y lo prefieren al vivir moderno
y anhelan otra vez su somnolencia.

*

Nuestro amor a los ojos pensativos,
a las aguas sin fondo y a las ruinas,
es amor al matiz de los motivos
de eternidad, que pulen las sordinas.

*

Deja que la amistad y los amores
escuchen la canción de las arterias
y que venza el aliento de las flores
al vapor sensualista de las ferias.

*

Permite que entre el párpado cerrado
el pensamiento brille en la pupila,
como en profundo cielo encapotado
el delirio de Júpiter titila.

*

Abre a nuestras nostalgias el oído
para escuchar los dulces ritornelos
de la noche y el Sol, y ese fluido
brote de las estrellas con los cielos.

*

Si nos libras del vil aturdimiento
que nos aleja de nosotros mismos,
sobre la seda lenta del jumento
podremos explorar nuestros abismos.

*

Danos el don supremo de adorarte,
con albor de humildad en la conciencia
y con perenne lágrima que al arte
cubra de sensitiva transparencia.

*

Deja que lo inconsciente oiga tu lento
roce de transfusión con lo invisible,
y que en vapores de cristal, tu aliento
nimbe tanto dolor indefinible.

*

Padre nuestro que estás en las serenas
cumbres de eternidad blanca y dormida,
rieguen tus soledades azucenas
de plata sobre el sueño de la vida.

EDUARDO TALERO.

PERSONALIDADES HONDUREÑAS

El General Luis Bográn

EL general don Luis Bográn, en ejercicio de la presidencia, obsequió una pluma de oro a un publicista para que con ella escribiera siempre la verdad. Y la verdad no aparece todavía en la controversia de la política nacional, porque la energía de los ciudadanos se ha ejercitado en la guerra civil, cuyas violencias destierran la imparcialidad y ahogan todo juicio impersonal sincero. Yo soy un centinela perdido en la guerra por la libertad, decía Enrique Heine, refiriéndose a sus esfuerzos ilusorios por unir el pasado con el porvenir en las turbulencias de la agitada Francia. La verdad en algunas repúblicas de América, Honduras para el caso, es un centinela extraviado en las contiendas de la democracia descocada.

Fué Bográn un hombre inteligente, con regular instrucción, con alguna amplitud en sus ideas de progreso, adquiridas en sus viajes. Tolerante hasta el peligro en materia de concesiones. Las otorgaba sin tasa, ni medida, ni previsión, fundándose en que era preciso abrir las puertas sin reservas a la actividad del extranjero para que se desarrollara en corto término la riqueza del país. No conoció el libro de Jones Jeffex Roche, ni sospechó entonces la existencia del eslabón histórico y psicológico que une en la cadena del tiempo al especulador de hoy con el filibustero de ayer. De esa labor poco quedó, pues los que en aquella época llegaban creyendo arribar a Jauja, carecían de experiencia y fracasaron en sus empeños de fundar empresas perdurables y pujantes.

Después de la huida del Dr. Soto para San Francisco de California, subió al poder el general Bográn, a raíz de la muerte de don Enrique Gutiérrez y de combinaciones subsiguientes, previa la aquiescencia del general Rufino Barrios. La hegemonía de Guatemala en Honduras, comenzada de manera resuelta y franca en 1876, continuó durante los primeros años de la administración de don Luis Bográn. Se comprometió a secundar la campaña unionista proyectada por el caudillo guatemalteco, y cuando éste cayó en los campos de Chalchuapa, Bográn tuvo que someterse a las condiciones de sus vencedores. ¿Hemos tenido verdadera autonomía después de la caída de José María Medina? Yo creo que no. Unas veces nos empuja Nicaragua, otras Guatemala y aún El Salvador, ha extendido su mano intervencionista. Por consiguiente, es exigir demasiado, cuando se acusa a Bográn de sus complacencias o debilidades en el tratado de Namasigüe. De aquella fecha hasta el presente, nuevos convenios se han suscrito, los más graves traspasando la jurisdicción internacional centroamericana, en acción pasiva.

No fué Bográn un hombre cruel. Se propinaron sendos palos por orden suya, pero apreciando esos hechos a base de compasión, no es él quien pueda salir perdiendo en el paralelismo. Testigo ocular me ha referido que lloró toda la noche, víspera del fusilamiento del general Emilio Delgado. En su mano estaba el indulto y no lo firmó, por esa maldita razón de Estado que

guía los actos de los gobernantes desde antaño, empezando en el consejo griego de los Anficiones, que deliberaba en el apacible otoño, en los templos de Apolo y Delfos.

Bográn concedió relativa libertad de imprenta. En un instante en que

La cultura y la seguridad en el afianzamiento del orden, garantizan el libre vuelo del pensamiento, y mientras aquellos dos factores de la civilización no operen eficazmente, nuestra ley de imprenta será una mentira vana, quizás no por



General Don Luis Bográn
Ex-Presidente de la hermana República de Honduras

la malacrianza personal profanaba la dignidad de la palabra, procedió con arbitrariedad, y en las demás circunstancias se valía de la socorrida ley de estado de sitio. Pero llegado el caso, él mismo tomaba la pluma y debatía con sensatez y gentileza, dando un ejemplo que debió ser imitado siempre para que la prensa conquistara poco a poco sus fueros y preeminencias.

culpa de este o aquel gobernante, sino por motivos de ambiente, de residuos históricos y de apasionamientos momentáneos. En la breve dictadura de Domingo Vásquez se fundó el diarismo; durante el período provisional de don Policarpo Bonilla se ordenó virtualmente la muerte de un semanario que se editaba en "La Prensa" Popular, cambiando al director don Juan R. Co-

lindres por don José María Valladares; Terencio Sierra amordazó al periodista Juan Ramón Molina; Manuel Bonilla suprimió de golpe el *Diario de Honduras*; Miguel R. Dávila mató de un tajo *La Regeneración*, y una nota gubernativa prohibió la publicación del *Diario de Occidente*, de Gracias, en 1914.

Resultado contraproducente da en la enseñanza del cultivo del optimismo. Los británicos sesudos, en la gigantesca contienda, predicán diariamente sus deficiencias y ponen de manifiesto la superioridad del enemigo. Ese sabio procedimiento obedece al carácter práctico de la raza, la que nunca se hace ilusiones, sino que mide y justiprecia las dificultades de los trabajos que acomete, para cobrar a toda hora nuevos y vigorosos estímulos que la lleven al triunfo definitivo. — Tal es el método que debe guiar a los jefes de la política en nuestro país. Apre-

ciemos con benévolo y sereno criterio los errores comunes, para que las lecciones de la historia nos conduzcan a la conquista de la libertad efectiva. Nuestra república se encuentra como ciertos problemas científicos: no es todavía una verdad verificada.

En la lista de nuestros hombres sobresalientes, el general Bográn figura con méritos indiscutibles. Se le juzgó en su tiempo como un diplomático sagaz, tuvo talla de caudillo, organizó partido, se hizo de amigos consecuentes y cautivó con sus modales y su liberalidad a los extranjeros que lo trataron. Jamás cerró su bolsa ante ningún pedimento, y sólo la violencia revolucionaria lo obligó a morir en el destierro.

PAULINO VALLADARES.

(Socio correspondiente).

Tegucigalpa. — 1915.



IRREDUCTIBLE

Para el ilustre escritor salvadoreño
Dr. Don J. Dols Corpeño

MI altivo corazón, airado y fiero,
Quiere romper la cárcel de la tierra,
Donde vive en continua y ruda guerra
Contra todo lo que es bajo y rastrero.

Reducirme? . . . jamás! Luchar prefiero;
Nada a mi alma en furor aterra,
Porque el aliento que mi sér encierra
Es . . . cual coraza de fibrado acero.

Siempre a su paso me hallará el destino
Desafiando sus iras, frente a frente,
Pues ante nadie la cabeza inclino . . .

Y sigo por el mundo indiferente,
Sin vacilar jamás en mi camino,
Con un joyel de ideas en la mente!

M. A. DIAZ.

(Socio Correspondiente)

México D. F. — 1915.

¿Debe el orador conocer la acepción propia de los Sinónimos?

(Tema desarrollado en la cátedra libre de oratoria, a cargo del doctor don David J. Guzmán, en la Universidad Nacional).

EL estudio concienzudo de la *Lexicología*, — una de las partes más esenciales de la Gramática, — conduce, seguramente, al conocimiento exacto de las palabras consideradas aisladamente, ya sea en su forma gráfica, ya en su etimología o ya en su valor en relación con el pensamiento o la idea que expresan.

La *Lexicología*, en cuanto se contrae a las diferentes ideas que las voces significan o pueden significar, ya en sentido traslaticio o figurado, distingue dos órdenes de ideas: uno *fundamental* y otro *accidental*.

Como es sabido, llámense *sinónimas* las voces y expresiones que, no obstante su diferente estructura gráfica, significan o pueden llegar a significar una misma cosa o una misma idea fundamental. *

Pues bien, según la doctrina de los mejores sinonimistas, la semejanza de significación de las palabras se halla sólo en la idea principal que enuncian, desapareciendo esa semejanza de significación cuando se emplean en otro sentido, es decir, en el accesorio o accidental, que cada autor varía a su antojo, presentando en el discurso una serie de ideas completamente diferentes y a veces hasta contrarias.

A este respecto debemos tener muy presente la PROPIEDAD, PRECISION y EXACTITUD de las expresiones.

La *Propiedad* consiste en que las voces no representen una idea distinta de la que queremos enunciar; la *Precisión* en que no la enuncien

en términos genéricos que convengan también a otras; y la *Exactitud* en que no la presenten más compleja de lo que es en realidad.

Si queremos escribir o hablar correctamente y con propiedad, debemos reunir estas tres cualidades indispensables para la elegancia del estilo, para la fácil comprensión de nuestros pensamientos y para la energía y exactitud del lenguaje.

Para lograr este fin, un retórico de primer orden, aconseja observar esta única regla: estudiar mucho y a conciencia, la lengua en que se ha de escribir y tener bien conocido y fijado el valor etimológico y usual de todas sus voces, y señaladamente de las llamadas *sinónimas*.

Sobre todo hay que tener bien deslindadas las diferencias que existen entre las voces sinónimas para no incurrir en graves errores de propiedad, precisión y exactitud; es decir para no expresar una idea por otra, o enunciar algo más o algo menos de lo que intentamos.

La delicada diferencia o graduación entre las voces sinónimas o por mejor decir, la índole propia de las palabras que guardan en su significación general, una semejanza común, las distingue una de otra por alguna idea secundaria y peculiar que encierra cada una de ellas. Por esta razón conviene saberlas escoger con inteligencia y acierto para aplicarlas adecuadamente. Esto es preciso para la propiedad del estilo, para la dulzura del lenguaje y para la solidez de las ideas.

Un orador que abusa de los sinónimos apoyado en la idea principal que los hermana, en la semejanza de significación, y los emplea indistintamente, sin conocimiento exacto de la propia acepción, se expone a la crítica, a que lo tilden de incorrecto o de vana verbosidad.

Tenemos, por ejemplo, las voces: *Carestía*, *escasez*.—Son completamente diferentes en su forma; pero expresan una sola idea principal que las hace aparecer sinónimas no siéndolo realmente.

La prensa nacional emplea a menudo estas voces indistintamente, para hacer notar lo aflictivo de nuestra situación a causa de los elevados precios que han alcanzado en nuestros mercados, los granos de urgente necesidad, primero por los desastrosos efectos de la actual contienda europea y después por la espantosa invasión del chapulín que vino a arrasarnos nuestros campos de cultivo.

Esas voces, que sin reparo alguno son usadas con frecuencia, tienen entre sí una notable diferencia.

Hela aquí:

Carestía—dice el Diccionario—viene de *caro* que significa subida o aumento del precio que regularmente tienen las cosas comparadas unas con otras; pues que en unas partes y circunstancias puede ser *caro* lo que en otras tenerse por barato.

Como la *carestía* tiene relación precisa con la abundancia o la *escasez* del género, de aquí resulta que se hacen sinónimas a ambas palabras, no siéndolo en realidad; y que se llame *carestía* a la falta de mantenimientos, y por antonomasia del trigo, que viene a ser como el nivelador de las cosas comerciales.

Atendiendo, pues, al origen y verdadero significado de estas palabras, diremos que *carestía* es lo *caro* de una cosa; y *escasez* el no ser la cosa suficiente para el consumo

y uso que de ella se hace o se tiene que hacer.

La *escasez* trea como consecuencia la *carestía*. Hay *escasez* de granos, y de consiguiente, se van poniendo muy *caros* y difíciles de adquirir.

Llámase también *escasez* en sentido más o menos traslaticio, a la parsimonia, mezquindad y cortedad con que se da, hace, habla o promete cualquier cosa. Se dice comida *escasa*; *escasez* de vino, de agua, cuando hay poca; de dinero, de medios de subsistencia, cuando una persona está reducida, por su situación o por su genio roñoso, a ser pobre o vivir pobremente.

También se llama *escaso* de palabras, de luces, de conocimientos, al taciturno, al poco o nada instruido, al necio, al indocto.

En ninguno de estos casos podría usarse en su lugar, de la palabra *carestía*, y decirse hubo *carestía* en la mesa, por *escasez*; ni vivir con *carestía*, por con *escasez*, pobreza o miseria; ni se dice *carestía* por *escaso* de entendimiento o *escasez* de luces, de palabras, aunque sí *carecer* de ellas.

Las palabras: *es preciso*; *es menester*, convienen en el fondo principal de su significación, por que expresan una misma idea fundamental, de ahí que se tengan por sinónimas; pero al hacer el estudio especial de cada una de ellas, se encuentra mucha diferencia.

PRECISO.—Dice Rodríguez-Navas,⁶ en su Diccionario—es “lo necesario lo indispensable, (primera acepción); puntual, fijo, exacto, (segunda acepción); distinto, claro y formal, (tercera acepción).

MENESTER.—Falta o necesidad de alguna cosa; (primera acepción); ejercicio o empleo, (segunda acepción); necesidades corporales, (tercera acepción) etc., etc.

Tomando las primeras acepciones de las dos palabras, que son las principales, por ser el significado más cercano, resulta que son sinón-

nimas porque denotan la misma idea fundamental, basada en la necesidad, en lo indispensable; sin embargo, lo *preciso* es forzoso, en tanto que lo *menester* es mas libre, pues a veces depende de nuestra conveniencia, de nuestra utilidad, de nuestra voluntad. Esta diferencia se nota facilmente en el uso de dichas palabras.

Para ir de un punto a otro más o menos lejano, es *preciso*, es indispensable, es forzoso caminar, andar, moverse, trasladarse, ser transportado, es decir, que no se puede ir de San Salvador a Santa Ana, sin ponerse en acción. Lo cual en nada influye la voluntad, porque si yo quiero ir a Santa Ana sin moverme de San Salvador tendré que quedarme forzosamente en esta ciudad y no iré a la otra.

Si decimos: “*es menester* trabajar para tener dinero” y “*es preciso* estudiar para saber” se dice corectamente porque en el primer caso el dinero lo podremos obtener sin trabajar, de donde resulta que *es menester* el trabajo, pero no *es preciso*. Así, en el segundo caso se indica la necesidad imprescindible, la obligación de estudiar para saber, pues sabido es que nadie nace sabio.

Veamos por último las voces: *Familiaridad, Franqueza*.—Distintas en su estructura, pero semejantes en su idea principal. No obstante, hay mucha diferencia, porque decimos: “Tengo mucha familiaridad en casa de las señoritas López y trato con franqueza al novio de una de ellas”.

Con lo cual se denota que con la familia López se traslimita extensamente el conocimiento, a punto de considerarse como *familiar* de ellas, en tanto que al novio de una de las López, solamente le otorga una amistad *franca, sincera*.

Al relacionarse *familiarmente* con una persona extraña se le franquean todas las confianzas, sin ocultársele nada. Al relacionarse con un amigo, se le pide un favor con *franqueza*.

Cierto es que hay sinónimos que por el uso frecuente y por la poca diferencia que existe entre ellos, se emplean indistintamente, sin cuidado alguno; por ejemplo: *oferta* y *ofrecimiento, certeza* y *certidumbre, cojedad, cojera* y *cojez*. En estos casos el oído es el que se encarga de escoger.

Como consecuencia de lo expuesto, queda manifestada la necesidad que hay de que el orador conozca perfectamente la acepción propia de los sinónimos, y si posible es, que haga un estudio más o menos extenso de la lexicología de la lengua que ha de usar, para obtener propiedad, precisión y exactitud en el discurso.

A. RAMIREZ P.

San Salvador, agosto 30 de 1915.



VOLUTAS

EN vispera del día de sus bodas las cintas desató de un paquetito y, sonreída, al ver las cartas todas, las revisó con júbilo infinito.....

El desfile de letras fue pasando con un rumor de alas intangibles de rimas, besos y perfumes, cuando soñaba aún con novios imposibles.

Las manos, que las arras esponsales esperaban, tuvieron extendida,—como ave de pronósticos fatales— la carta postrimera de un suicida.....

Hubo en sus ojos compasivo llanto, rodando en perlas al temblante pliego, y—junto a prendas que adoraba tanto— dió sus reliquias íntimas al fuego.

Y el humo del papel—que crepitante se retorció entre cenizas grises,— un espectro de lívido semblante fue en sus horas más dulces y felices.....

M. ALVAREZ MAGAÑA.

San Salvador.—1915.



EL ATENEO DE EL SALVADOR

ES INVITADO AL SEGUNDO CONGRESO CIENTIFICO
 PAN-AMERICANO DE WASHINGTON
 Y AL
 CONGRESO DE BIBLIOGRAFIA E HISTORIA DE BUENOS AIRES



TRES HONROSAS COMUNICACIONES

Department of State,—Washington, February 12,—1915.

To the President of ATENEO DE EL SALVADOR

Dear Sir :

By virtue of the authority conferred upon me by the Congress of the United States of America, I have the pleasure to extend to

ATENEO DE EL SALVADOR

a cordial invitation to participate by one or more delegates in

THE SECOND PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS

to be held under the auspices of the

GOVERNMENT OF THE UNITED STATES

at the City of Washington from December 27, 1915, to January 8, 1916 inclusive.

Assuring you that representatives from the Ateneo will be most heartily welcomed,

Jam my dear Sir,

Very truly yours,

W. J. BRYAN,
 Secretary of State

Washington. D. C. E. U. de A. 27 de mayo de 1915

Señor Presidente del Ateneo de El Salvador. San Salvador. República de E
Salvador.

Señor Presidente :

Debiendo celebrarse en esta ciudad, del 27 de Diciembre de 1915, al 8 de Enero de 1916, el Segundo Congreso Científico Panamericano, para asistir al cual ha sido invitado oficialmente ese Honorable Ateneo por el señor William Jennings Bryan, Secretario de Estado de los Estados Unidos, en mi carácter de Secretario General del Congreso, quizás el más notable de los celebrados para fomentar el desarrollo de las ciencias, desde la reunión del Primer Congreso Científico Panamericano de Santiago, Chile, en 1908, deseo expresar la esperanza de que ese Honorable Ateneo se digne enviar un delegado y un suplente para asistir a las sesiones del Congreso.

Este Congreso, que tiene su origen en las notables conferencias de carácter científico que se han celebrado anteriormente en las repúblicas latinoamericanas, manifestó en la última reunión de Santiago, Chile, conocida oficialmente con el nombre de Primer Congreso Científico Panamericano, una cordial amistad hacia los Estados Unidos, al invitarlos a tomar parte en él, y al escoger a Washington como sede de la segunda reunión, bajo los auspicios del Gobierno de los Estados Unidos.

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana, en su sesión del día 7 de abril de 1915, honró de manera especial al Segundo Congreso Científico Panamericano, adoptando unánimemente una resolución por la cual se autorizó el uso de su hermoso edificio para que el Congreso tenga allí sus oficinas y celebre sus sesiones. El Consejo Directivo también, atendiendo la indicación de su Presidente, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, y convencido de que este Congreso será una reunión panamericana de la mayor importancia, autorizó al Director General de la Unión Panamericana para desempeñar las funciones de Secretario General del Congreso.

De nuevo me permito respetuosamente solicitar la valiosa cooperación de ese Honorable Ateneo, a fin de que contribuya de la manera que mejor estime, al mayor éxito del Segundo Congreso Científico Panamericano.

Tengo el gusto de remitir con esta misma fecha un ejemplar del Programa Preliminar en el cual se encuentran los temas que se consideran pertinentes para someterse al Congreso.

Soy del señor Presidente, Atto. y S. S.,

JOHN BARRET,
Secretario General.

Buenos Aires, junio 10 de 1915.

Señor Presidente del Ateneo de El Salvador.—San Salvador.—El Salvador.

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. en nombre de la Comisión Organizadora del Congreso Americano de Bibliografía e Historia, que en homenaje al centenario de la Jura de la Independencia Argentina, se celebrará en Buenos Aires y Tucumán en junio de 1916, para solicitar la adhesión de esa meritísima institución y a que designe sus delegados oportunamente.

Siendo de tanta trascendencia los fines que se propone realizar este Congreso, según lo expresa el programa adjunto, no dudamos que vuestro elevado patriotismo sabrá coadyuvar a tan nobles esfuerzos en pro de la ciencia y de la solidaridad americana.

Me es grato saludarlo con la mayor consideración.

N. SARMIENTO,
Presidente de la C. Ejecutiva.

IGNACIO S. TOLEDO,
Secretario.

Nota de la Dirección.—El “Ateneo de El Salvador”, que por sus labores culturales y genuinamente patrióticas, justamente apreciadas en el exterior, y que ya son lo suficientemente conocidas en el movimiento incesante y regenerador del pensamiento continental,—apreciando en lo que valen las invitaciones que antecedan, designó, oportunamente, como ya lo anunciamos en una de las últimas ediciones de esta Revista, para que lo representaran, en el Congreso de Washington, al Socio Correspondiente, Doctor don Carlos A. Meza, y en el Congreso de Buenos Aires, al de igual título, Doctor don Gumersindo Busto. Es de esperarse de que las gestiones de tan distinguidos Delegados, corresponderán legítimamente a las nobles aspiraciones de civilización y de confraternidad, que ansía vivamente realizar esta Institución.



Altivez

HARTO estoy ya de rendir el alma a cualquier dolor moral, de sentir morirme de nostalgia, de caer abrumado por el pesar. Ya llega la hora de la redención.

¿Por qué he de vivir toda la vida soportando el yugo de la humillación? Todo tiene sus límites y tocados los lindes sobrevienen las hecatombes; o se abre el vacío o se descubre la cima.

Pasar lo mejor de la vida rendido cual un miserable paria, sonriendo a cada latigazo del dolor, es el colmo de la abyección.

Vivir entregado a las ilusiones, acariciando ideales que no existen, soñando en el humo, en nada, es el colmo de la bajeza.

Dios ha infiltrado en cada corazón la luz de la fe y de la esperanza para que salve los escollos de la vida; pero no para que viva la vida de los reptiles, arrastrándose, ni la vida del fango, manchando los luminares de la Idea.

Andar, andar es la vida, pero en lucha abierta y desigual, en lid regeneradora, esparciendo la semilla



de la fuerza; dejando huellas radiantes para el porvenir, levantando un trono de progreso por cada rebeldía de los pueblos.

Y ya siento nueva savia, nueva vida: la rebelión de la sangre, la protesta de mis nervios, somnolentos, el grito salvaje de mi alma humillada, el himno de la redención. Caen las vendas de mis ojos y contemplo la inmensidad del desierto humano, donde se arremolinan millones de caravanas y donde un hombre puede levantar un mundo, rasgar el cielo y desbordar el océano de la grandeza.

El pasado . . . ¡oh el pasado éste, queda en lo intangible, disperso, rodando por ignorada cima; los recuerdos forman vaga visión en la mente; y las quimeras, los sueños, todos olvidados ya . . .

Es la altivez que nace, gallarda, de entre las ruinas y crece y crece, hasta tocar los cielos con sus brazos gigantes. ¡El alma será redimida!

J. DE ABENAMAR.



EL QUETZAL

A LADO pensamiento de colores que arcoirisa el azul con tardo vuelo, condensación crepuscular de cielo, alma de pedrerías y de flores.

Augur de los altivos gladiadores que defendieran palmo a palmo el suelo, cuando envolvió a la América el anhelo devastador de los conquistadores.

Estuche de esmeraldas y rubies, redondos ojos como puntos de íes que se encienden, al ver, como una brasa.

La Libertad bajo sus alas vuela, y en su augusto silencio se revela la infinita tristeza de la raza.

FÉLIX CALDERON AVILA.

1915.

El Violín

(Idea de un soneto de Raúl do Valle)
PARA LA SEÑORITA ELENA GALLONT.

ERA un *Stradivarius*.
Todo un mundo de armonías dormidas; todo un raudal de notas que pugnan por desparramarse y cantar el himno alegre de la vida; todo un universo de arpeggios encendidos, ora en los rayos de oro del sol, ora en los rayos de plata de la luna y ya en los miríficos y rubios resplandores de las estrellas.

¡Allí está ese mago instrumento!

Enmudecido reposa desde tiempo ha sobre un empolvado y viejo armario.

¡Pobre *Stradivarius*! La esponja implacable del tiempo con su energía torturadora borró ya el brillante barniz que recibió como un bautizo misericordioso.

El lírico cautivo tiene una historia, que ofrece algo de extraordinario, y este fué el incentivo para que un rico avariento lo comprara por cálculo mercantil.

Era de un gentil bohemio, por cuyas venas corría sangre azul de cruzado caballero, de crechas como oro derretido, ojos como la flor de lino, tez de nieve mezclada con rosicler de aurora, de encantadora nerviosidad y raro apasionado en las campañas del amor.

A veces el hada felicidad rozaba con la fimbria de su fulgente manto todo aquel ser agitado a los estremecimientos del ritmo, y en ocasiones todos los tormentos de la desesperación caían sobre las alturas de su espíritu selecto. Caían, caían, como un raudo aguacero amenizado por la música de los truenos y decorado con la undívaga y negra cabellera de la noche, que peinan los relámpagos de oro encendido.

Allí está el *Stradivarius*, ese lírico enfermizo que parece sufrir profunda y tenaz melancolía, flagelado por la dolorosa nostalgia del habilísimo arco del bohemio; ese arco guiado magistralmente, arrancando raudales de notas, ora de infinita tristeza, ora de suprema alegría. Las cuatro cuerdas vibraban como toda una orquestación en el alcázar de la consagración.

El alma del lírico cautivo tiene dormidos todos los ritmos que en tiempos mejores florecían al golpe mágico del arco extraordinario, del arco portentoso del ilustre bohemio; pero ¡ay! ya el alma pletórica de inspiración del que hizo el viaje al país de lo desconocido, no volverá a despertar el universo de armonías con que en otros tiempos sugestionó y arrebató dulcemente a millares de *dilettantis*.

Nostálgico, mudo, yace en ese empolvado y viejo armario, el lírico cautivo que parece un tísico en el último período.

El que de triunfo en triunfo pasó por los salones más aristocráticos de Europa; el que vibró con todas las dulzuras y las tristezas del arte en los primeros teatros, en los que tronó el aplauso y copiosas lluvias de flores caían entre las hermosas palpitaciones del entusiasmo; el que en los *soirées* del gran mundo europeo provocó vivísimas explosiones de homenajes y ovaciones, hoy está sepultado en el cajón de un sucio armario; en el vil y grosero armario del usurero mercantilista, quien, para escarnio del arte musical, hizo dueño del *Stradivarius* por cálculo económico.

Ya no habrá otra alma capaz de comprender al lírico cautivo y que

ATENE0 DE EL SALVADOR, NA... 384 CA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

BELLEZA SALVADOREÑA



BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

SEÑORITA ELENA GALLONT

(En Sonsonate)

en la levedad de un suave rozamiento sobre sus cuatro cuerdas, florezcan como llamaradas de gloria todas las armonías dormidas que evoquen con estremecimientos de vida, los felices tiempos del aristócrata bohemio en el divino arte musical.



¡Requiescat in pace, Stradivarius!
Salve, al gentil bohemio, que voló por los espacios infinitos, dejando el ritmo de su vida confundido con la vibración de la Naturaleza.

.S CORTÉS DURÁN.
1915.



OJOS TRISTES

OJOS de mirada triste
cual de Máter Dolorosa;
ojos que ven con piadosa
mansedumbre cuanto existe.
Mi alma, que en sombras se viste,
os suplica quejumbrosa,
la bañéis de luz virtuosa
con vuestro fulgor purísimo,
ojos de mirar tiernísimo
cual de Máter Dolorosa.

*

Melancólicos diamantes
con humedad de rocío,
parecéis por vuestro brío
luceros agonizantes.
Para mis labios jadeantes
la frescura vuestra ansio;
por eso en mi amargo hastío,
os pido puesto de linojos,
me dejéis besaros, ojos
con humedad de rocío.

*

Refleja pena insondable
vuestra mirada de luna,
como si sufrierais una
pesadumbre inconsolable.
Vuestra tristeza adorable
a mi tristeza se aduna;
¡permitidme la fortuna,
ojos de Madona mía,
de que alumbre a mi agonía
vuestra mirada de luna!

ALONSO A. BRITO.
(Socio Correspondiente)

Prefacio a la traducción castellana de "El Hombre Triste"

DE ELBERT HUBBARD

(Para el «Ateneo de El Salvador»)

EL autor de la presente versión castellana de «El Hombre Triste», ha tenido, al darla a la publicidad, sólo dos intenciones. La primera, rendir homenaje al nombre de Elbert Hubbard, trágicamente muerto en la catástrofe del «Lusitania», y la segunda, presentar al público español e hispanoamericano, una obra del ilustre desaparecido, en la seguridad de que a pesar de lo gastado del tema que en ella se trata, tiene, sin embargo, ideas nuevas y conceptos casi originales con respecto a la vida nunca bastante glorificada del Mártir del Gólgota.

Elbert Hubbard fue de esos escasos hombres que deben ser conocidos — a lo menos en alguna de sus fases — por todos los que tengan de la vida un alto y elevado concepto. Fue un gran pensador y un gran organizador, que pudo haber colocado sus actividades al servicio de ciertos convencionalismos utilitarios y materialistas, y que, sin embargo, tuvo valor y voluntad bastantes para no doblegarse en ningún sentido, y continuar hasta su último momento la senda de verdadera independencia moral y material que él mismo se trazara. Sus ideas religiosas no podían estar, por lo tanto, sujetas a cánones ni a reglas de ninguna clase. En tal materia, rendía culto a sus propias creencias. Para ello, reunía lo mejor de todas las sectas y aprovechaba de ellas aquello que más conviniese a su manera de pensar y de obrar.

Su libro «El Hombre Triste», no es una obra revolucionaria, ni disolvente, ni impía; es solamente un trabajo biográfico, en el cual el autor deja anotadas, de vez en cuando, sus propias ideas, mientras hace desfilar por las páginas del libro la noble figura del Redentor. Es un trabajo histórico, o si se quiere, una serie de datos comparativos en que el autor trae a los tiempos modernos ciertas doctrinas de Jesús. En el fondo, y como su título lo indica, se encontrará siempre esa piedad, esa veneración con que un cristiano del siglo XX analiza la obra enormemente romántica del Hijo de Dios, mientras alentó como mortal y mientras permaneció en comunión con los hombres de la tierra.

Elbert Hubbard era norteamericano, y fue, ante todo, un conferencista ilustre, un gran organizador y un biógrafo eminente. Su larga vida literaria estuvo consagrada casi exclusivamente a escribir biografías de hombres y mujeres ilustres. Para ello, acostumbraba visitar aquellos lugares que adquirieron celebridad por esa causa, y que de alguna manera estuviesen relacionados con sus biografiados. Se desprecupaba en lo posible de las múltiples y diversas opiniones emitidas con motivo de sus temas, y generalmente hacía obras casi originales al tratar bajo aspectos libres de prejuicios la vida y la obra de las grandes figuras de la Historia. Dejó de esta clase de labor sobre

treinta volúmenes, en los que se encuentran unas doscientas biografías. Su talento reposado y exquisito le permitió dar cima a esta enorme labor y salir airoso de ella. Juzgó a los filósofos, a los poetas, a los músicos, a los grandes financieros; hurgó en la vida casi siempre rara de las mujeres célebres y analizó, en suma, toda la escala del progreso humano. Dirigió, asimismo, la publicación de un pequeño magazine muy popular en los Estados Unidos, «The Phillistine».

Como hombre práctico, hijo de su siglo y súbdito del gran país que le vio nacer, Hubbard comprendió que la impresión de sus libros podía constituir una fuente de ingresos muy respetable, cuyos resultados serían de gran utilidad a cierto número de obreros y de modestos artistas. Fue entonces cuando fundó en la pequeña población de East Aurora, Estado de New York, una especie de Asociación, a la que denominó los «Roycrofters». Los «Roycrofters», formados por unos quinientos trabajadores, fue desde sus comienzos, un verdadero triunfo del socialismo en pequeño. Todos eran allí dueños y empleados, y las utilidades a todos correspondían. Lo que fue al principio una aldea insignificante, es hoy una pequeña ciudad, formada y fomentada por la labor y por la admirable administración de este hombre.

Pero Hubbard no estaba solo en su empresa. Tenía una valiente y noble compañera que fue, según sus propias palabras, la más grande alentadora de las iniciativas de su vida. A Alicia — que éste era su nombre — corresponde en gran parte el triunfo y la gloria del esposo, y, como si el destino hubiese querido que la existencia de ambos terminase al mismo tiempo, hizo que juntos encontraran la muerte, abrazados estrechamente, cuando el lamentable naufragio del «Lusitania».

Hubbard era también un orador notable. Frecuentemente recorría

grandes distancias pronunciando conferencias sobre temas morales, religiosos, etc. en las principales ciudades americanas.

Este gran hombre — dice uno de sus comentaristas — supo dar a su obra giros tan especiales, que en él todo era original. No tenía imitadores, ni trató jamás de imitar a nadie. Era un genio individual, que iluminaba a todos con la luz de su intelecto poderoso. Como escritor prolífero y versátil, era exclusivo. Su capacidad literaria era universal y se adaptaba a todos los temas que abordaba, adornándolos con su inmensa personalidad. Fue un enemigo formidable de la tiranía en todas sus fases. Defendió toda su vida la verdadera democracia, la libertad personal y los fueros de la justicia y el derecho.

Gustaba de la concisión y de la brevedad. A veces decía más en un párrafo cualquiera, que otros muchos autores en libros enteros. Sembraba sus ideas, y para lograrlo solía escribir sus pensamientos en pequeñas cartulinas que servían, a la vez, para marcar la lectura de sus libros. Con ellos, formó un volumen que contiene más de un millar.

El libro «El Hombre Triste», no es, a nuestro juicio su obra más notable; sería imposible aventurar tal aseveración, tratándose de un autor tan fecundo y tan lleno de personalidad propia; pero hemos querido ofrecer su traducción al público español e hispanoamericano, porque la bondad del tema lo hace más accesible al alma de los que pensamos en castellano.

Si, como esperamos, el presente volumen tiene favorable acogida, no tardaremos en dar a conocer algún otro — «Jacintos Blancos» — tal vez, el cual constituye uno de los más nobles tributos rendidos por el hombre a la mujer.

JUAN J. O. BATALLER.

Matanzas (Cuba). — 1915.

Anales del Ateneo de Honduras

LA VELADA DE LOS JUEGOS FLORALES DE 1915 ALCANZO UN EXITO COMPLETO

CEREMONIAL

- a) Al levantarse el telón, el Ateneo en cuerpo aparecerá en el escenario, dividido en dos alas bajo la presidencia del Presidente Honorario. El Sr. de Adalid ejecutará en el orquestrófono.
- b) El Secretario 2o. leerá las bases del Concurso y el dictamen del Jurado.
- c) El Presidente del Ateneo invitará a los vencedores a que se sienten en dos sillas que estarán en medio de la escena. Homenajes y ofrendas a los vencedores.
- d) Discurso del Mantenedor.
- e) Proclamación de la Reina por el vencedor.
- f) El vencedor y 10 ateneístas irán a la tribuna No. 1 a llevar la Reina al Trono, ejecutando el orquestrófono una marcha triunfal.
- g) El vencedor coronará la Reina. La invitará a sentarse, permaneciendo él de pie.
- h) La Reina proclamará las Princesas.
- i) Diez ateneístas irán a los palcos siguientes:

No. 1.	Palco de la Princesa	Julia Lardizábal.
" 3	" " " "	Aida Mejía.
" 4.	" " " "	Delfina Barrientos.
" 5.	" " " "	Juanita Bonilla.
" 7.	" " " "	Berta Molina.
" 8.	" " " "	Amparo Ariza.
" 9.	" " " "	Josefina Alvarado.
" 16.	" " " "	Elisa Galindo.
" 16.	" " " "	Julia Durón.
Tribuna No. 1.	" " " "	Virginia Lainez,

conduciendo a las Princesas al Trono; en el momento de llegar la comitiva al escenario, se dividirá en dos filas de cinco parejas, quedando cada caballero atrás de su respectiva princesa

- j) La Reina se pondrá de pie y coronará al vencedor, quien recibirá la corona de rodillas. En este momento se soltarán palomas blancas de los palcos y plateas y se harán las ofrendas a la Reina y a las Princesas. El orquestrófono ejecutará una marcha triunfal.
- k) La Reina, con una genuflexión, invitará al vencedor y a las Princesas a que ocupen sus asientos en el Trono. Los ateneístas se retirarán a ocupar sus asientosos respectivo.

LA fiesta se desarrolló conforme el siguiente programa, en la noche del seis de noviembre:

Primera Parte.—1. Obertura. Orquestrófono por el señor de Adalid y violines por los señores Sempé y Bellucci.—2. lectura de las bases del Concurso y del dictamen del Jurado.—3. Preludio de la ópera *Traviata*. Orquestrófono y violines.—4. Discurso del Mantenedor.—5. Coronación.—6. Aria de *El Trovador* cantada por D. Augusto Monterroso, con acompañamiento de Orquestrófono.—7. Lectura literaria de la señorita Visitación Padilla.—8.

Barcarola *Los Cuentos de Hoffman*. Orquestrófono y violines.

Segunda Parte.—1. Obertura *Poeta y Aldeano*. Orquestrófono y violines.—2. Poesía del Dr. López Pineda.—3. Dúo de *Traviata*, cantado por la señorita Adriana Ariza y D. Augusto Monterroso, con acompañamiento de Orquestrófono.—4. Recitación (Meloepa) de la señorita Antonieta Zúñiga.—5. Vals *Espasmo de amor*. Orquestrófono y violines.—6. Discurso del Dr. D. Samuel Lainez.—7. Canción *Por tí*, música de Adalid, cantada por la señorita Adriana Ariza.

Una concurrencia numerosísima. Lleno, casi completo, a pesar de la vasta amplitud de nuestro coliseo. Lo más conspicuo de la sociedad, clase media y pueblo, pueblo inteligente y bien preparado para tales manifestaciones de cultura. Mencionar nombres de tanta belleza y de tanta gentileza como allí brillaban, es tarea imposible. Más fácil sería mencionar a las personas que no asistieron.

Al levantar el telón, a las ocho y media, los ateneístas aparecieron en el proscenio, divididos en dos alas, bajo la presidencia de D. Froylán Turcios. Adalid y Gamero, nuestro genial compositor, comenzó a desgranar notas de miel de su orquestrófono. Este instrumento, inventado por el propio Maestro Adalid, se estrenaba esa noche, y constituía justamente uno de los grandes atractivos de la fiesta.

Admira y regocija el esfuerzo realizado por el señor Gamero, honrando a la patria con un invento grandioso. En cualquier país del mundo habría sido ruidosa la aparición de un instrumento semejante. Nosotros, profanos en asuntos musicales, solo podemos decir que la gloria del Maestro está asegurada con esa genial producción de su mente creadora.

El Secretario del Ateneo, don Adán Canales, leyó las bases del Concurso de los Juegos Florales y el acta del Jurado que calificó las obras dramáticas. En seguida, el Presidente invitó a los vencedores, Luis Andrés Zúñiga y Julián López Pineda, a sentarse en dos sillones colocados al centro del escenario, donde recibieron las ofrendas, consistentes en una corona y un diploma

de honor para cada uno de los triunfadores.

El Mantenedor de los Juegos, Dr. Esteban Guardiola, no pudo pronunciar su discurso por enfermedad, y se encargó de leerlo D. Octavio R. Ugarte, quien cumplió su misión con verdadera maestría. Debemos declarar sinceramente, que el discurso del Sr. Guardiola es una pieza oratoria de gran valor literario, por su erudición y por su forma artística.

Luis Andrés Zúñiga leyó una poesía, proclamando reina de los Juegos Florales a la hermosa señorita Margarita Lardizábal, toda dulzura y encanto. Versos sonoros y limpios, dignos de la augusta Majestad. Una vez proclamada, fue llevada en triunfo, desde la tribuna N^o. 1, al proscenio, acompañándola diez ateneístas presididos por el vencedor. En tanto, el orquestrófono daba al viento sus notas triunfales y de apoteosis.

Luego, Luis Andrés Zúñiga, puso la corona simbólica sobre la testa augusta de la Reina Margarita: invitó a ésta a sentarse, mientras él permanecía de pies, en señal de vasallaje y admiración. La Reina declaró quienes formarían su corte, y diez caballeros fueron a los palcos donde estaban las princesas, para conducir las al proscenio. Entre los aplausos nutridos de la concurrencia, pasaron las princesas y los caballeros que las acompañaban, así:

Julia Durón, Dr. Julián López Pineda; Aída Mejía, Macedonio Lainez Zúñiga; Julia Lardizábal, Dr. Venancio Callejas; Juanita Bonilla, Vicente Monterroso; Amparo Ariza, Fernando Sempé; Elisa Galindo, Antonio

Lainez Zúñiga; Josefina Alvarado, José Cruz Sologaitoa; Virginia Lainez, Dr. Alberto Bellucci; Delfina Barrientos, Dr. J. Dols Corpeño; Berta Molina, Augusto Monterroso.

En seguida, la Reina se puso de pies para coronar con el laurel simbólico la cabeza del triunfador, quien recibió, de rodillas, la ofrenda de las reales manos. Palomas blancas revolaron por el escenario, como una lluvia de copos de nieve. El orquestrófono se deshacía en sonoridades de apoteosis. La Reina y las princesas recibieron, de manos de dos lindos pajecitos, las ofrendas florales, bouquets hermosos, cestas fragantes, delicadamente preparadas para S. M. y su brillante Corte.

La Reina y el vencedor ocuparon el trono bajo artístico dosel.

Augusto Monterroso, con magnífica voz de baritono, cantó la aria *El Trovador*, con acompañamiento de orquestrófono. Fue muy aplaudido y obligado al *bis*.

La señorita Visitación Padilla, leyó su trabajo literario, con ritmo espiritual, y fue ovacionada con atronadores aplausos, bien merecidos, porque en su obra hay grandes vuelos de imaginación, sesudos conceptos y arte exquisito.

El orquestrófono y los violines de los señores Sempé y Bellucci deleitaron gratamente con *Los Cuentos de Hoffman*, barcarola dulce y armoniosa. Magnífico éxito. Sorpresa sobre sorpresa. Aplausos y aplausos entusiastas.

Con lo cual terminó la primera parte del programa y cayó el telón.

La segunda parte se abrió con el poema *Cosmogonía y Génesis de los Antiguos Quichés*, obra del Dr. Ló-

pez Pineda. Al terminar la lectura, prolongados aplausos. En seguida *Poeta y Aldeana*. El Orquestrófono y los violines conquistaron nuevas ovaciones.

Número selecto y refinado fue el canto del dúo de *Traviata*, por la señorita Adriana Ariza y don Augusto Monterroso. Causó una grata e intensa emoción, provocando una lluvia torrencial de aplausos y hurras. La repetición se hizo inevitable, exigida por el entusiasmo de los oyentes. Voz bien timbrada, límpida y cadenciosa la de la señorita Ariza, podía lucir en cualquier salón entre cantatrices de escuela. La de Monterroso es llena y armoniosa, y en nada inferior a la de los cantantes de ópera que hemos oído.

La melopea de la señorita Antonieta Zúñiga fue un éxito extraordinario. Obligada al *bis*, la señorita Zúñiga recitó un hermoso poemita lírico, con el mismo desgaire y la misma gentileza, conquistando aplausos nutridos.

El *Espasmo de Amor*, del orquestrófono y los violines de Sempé y Bellucci, enajenó los espíritus, arrullados dulcemente por un enjambre de melodías divinales.

El Discurso del Dr. Samuel Lainez, lleno de intrepideces imaginativas y de alardes oratorios, cautivó los ánimos, provocando repetidos aplausos. Tuvo transportes de inspiración y audacias de concepto.

La velada terminó con la canción *Por tí*, de la sañorita Ariza, acompañada por música de Adalid. Nuevo éxito y nueva ovación de aplausos.

Por la brillantez de los números del programa y por la asistencia de personas distinguidas, no cabe duda

que la fiesta alcanzó todo el esplendor que le era de esperarse, superando las esperanzas de los ateneístas.

El Sr. Presidente de la República, Dr. Alberto Membreño; el Dr. Mariano Vásquez, el ex-Presidente D. Policarpo Bonilla, el Dr. Pedro A. Medal, y muchas otras personas de alta posición social y política, dieron lustre al acto con su presencia.

El Delegado del Ateneo de El Salvador es laureado en los Juegos Florales de Honduras

LEYENDA DEL DIPLOMA DE HONOR

El Ateneo de Honduras, apreciando el esfuerzo mental realizado por el señor Dr. J. Dols. Corpeño, presentando al Concurso de los Juegos Florales del presente año, una novela regional titulada PASIONES DE ALDEA, ha tenido a bien conferirle el presente

DIPLOMA DE HONOR.

obsequiándole un objeto de arte como premio a su obra.

Dado en Tegucigalpa, a los seis días del mes de noviembre de 1915, año II de los Juegos Florales de Honduras.

FROYLÁN TURCIOS,
PRESIDENTE

JULIÁN LÓPEZ PINEDA,
SECRETARIO 1º

ADÁN CANALES,
SECRETARIO 2º

CRONISTA DEL ATENE0.

Nota de la Dirección.—El "Ateneo de El Salvador" no puede menos que celebrar con todo júbilo los triunfos espirituales alcanzados en noble lid por el ilustre "Ateneo de Honduras", con el cual le unen, no solamente los eslabones de una Convención, sino también los fuertes lazos de aspiraciones similares en el desenvolvimiento de ideas y de sentimientos de una cordialidad positiva, cual es el trabajar por la verdadera grandeza y justo renombre de la Patria.

Hacia el Porvenir

EL arco-iris simbólico irisa el cielo de la República. El ave bíblica de la leyenda tiende el vuelo jubiloso de fraternidad y amor hacia el arca salvadora del progreso y la cultura, y sobre el dorso de las olas adormidas la enseña legendaria de la Patria se levanta gloriosa. Todas las pupilas se esclarecen anhelantes en pos de los horizontes nacionales con esperanza y fe: tal es de afable y tranquila la canción de las horas en la torre de las visiones patrias.

El minuto decisivo llegó. La brújula guiadora marcó la ruta imperativamente y allá vamos hacia el porvenir, hacia el oriente del trabajo y del civismo, hacia el orto de la justicia y la verdad, con fe ciega, pero redentora en el triunfo del futuro.

Pueblo joven, nacionalidad incipiente, rebosamos de energías, poseemos el mar y la tierra y en ellos encontraremos el soñado vellocino de oro. Jasones para tal Cólquide, los mástiles de nuestra barca, como los árboles del bosque de Dodona, nos hablan sonriente de nuestro porvenir.

Sea él nuestro; que sobre las nieblas posibles del ambiente y las opacidades de la fe, ilumine y guíe siempre en la ruta la mágica estrella, como la conductora de los Magos, de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad y de nuestro corazón, hacia una Belen de Trabajo y de Paz.

Porque esta blanca dualidad de la energía y la concordia, son las dos alas del Progreso. Sin ella toda ascensión decae, todo vuelo desfallece, y, sobre la dura roca de la experiencia se quebrará siempre el cristal de todo anhelo magnánimo, como tantas veces lo hemos visto desaparecer tristemente en las horas sombrías de nuestro agitado existir. Sin ella seremos siempre Aristarcos en derrota, Icaros de ficticio vuelo, Prometeos devorados por nuestros propios anhelos, siempre atados al Cáucaso de nuestras debilidades y de nuestras miserias.

Para ir al futuro sólo hay un remo, la voluntad; a golpe de él sobre las aguas adversas encaminemos la nave viril de la República hacia la playa esperada, hacia el porvenir victorioso, acaso lejano, pero cierto y seguro. Sea el velamen nuestro corazón; corazón de juventud puesto a los vientos de la fraternidad y el progreso; y ya veremos que a despecho del escollo pérfido y de la racha violenta, el timón guiador, la inteligencia del hombre que conduce, no se rompe ni vacila: el ancla va segura, la proa triunfante de las olas, y, el mástil que eleva el estandarte simbólico, mirando a los cielos del destino, victorioso y sonriente.

JULIÁN R. CÁCERES.
(Socio Correspondiente)

Tegucigalpa. — 1915.



TRIUNFAL

(Del album de la inteligente profesora hondureña,
SEÑORITA ENCARNACIÓN ARRIAGA SUAZO).

¿Y que mejor galardón
pudiera el poeta ofrendarte,
que los destellos del Arte
de su ingenua inspiración?

*

Si en las bregas del talento
has triunfado en ruda lidia,
te falta cegar la Envidia
con el Sol del pensamiento.

*

Y que tu ejemplo divino
sea digno siempre del canto
de un acento peregrino.

Pues la virtud hogareña
es el Ideal sacrosanto
de la Mujer Hondureña!

Salvador TURCIOS R

San Salvador, noviembre de 1915.



OFRENDA

A SALVADOR TURCIOS R.
(Fraternalmente).

No extrañes, hermano, mi humilde vivienda;
Yo soy cual las aves errantes del mar,
O cual los gitanos que plantan su tienda
Doquiera el destino los lleva a posar.

*

Y es que de la vida en la diaria contienda
La suerte me ha vuelto la espalda al pasar;
Por eso es tan pobre y humilde mi ofrenda
Con que mi cariño te quiere obsequiar.

*

Más tu harás de caso que al campo has venido
Y el canto de un ave cualquiera has oído,
De un ave que quiere y no puede cantar.

*

Y es que tu mereces un canto sonoro
Como los que vibran en la lira de oro
Que mágicamente tu sabes pulsar!

Florinda B. GONZALEZ de CHAVEZ.

Santa Ana, 2 de noviembre de 1915.

DISTINGUIDA PROFESORA TECNICO-PRACTICA



SEÑORITA ENCARNACION ARRIAGA SUAZO

¿Qué significa la palabra Patria?

(Para el «Ateneo de El Salvador»).

EL Diccionario de la Lengua Española, por la Academia, dice: "Patria, el lugar donde se nace."

Reconocemos la autoridad de la Academia, pues ella es quién fija, limpia y dá esplendor a las palabras del idioma; pero he ahí que tal operación la ejerce por continuidad, debido a los nuevos horizontes que la civilización descubre, siendo dable que esta o aquella palabra, llegue a presentar un significado inexacto y la corrección sea necesaria. De aquí resulta, que las explicaciones contenidas en ese importantísimo Código, no puedan considerarse como las últimas, pues pueden venir otras mejores.

La *palabra*, como signo de exteriorización del pensamiento humano, puede ser exacta o aproximadamente relacionada al concepto puro y genuino de aquella volición, sucediendo por esto que quede sujeto el significado a una rectificación.

Estas circunstancias que en nada amenguan o quitan autoridad a la Real Academia, dan perfecta cabida a la discusión que iniciamos, persuadidos ingenuamente de que importa a la estética establecer una explicación o definición de *Patria*, que sea su *Verbo* y por ende *principio* que debe inculcarse a la niñez.

El grado cultural a que ha llegado el hombre, rechaza de plano el significado de Patria como lo consigna la Academia, y a poco de fijar los términos de intelección, encontramos que tal explicación no es más que una frase en que se quiere dar a conocer lo *contenido* por el *continente*.

Nuestro corazón y nuestro raciocinio, nos cercioran de que Patria es algo más delicado y trascendente

que el terruño. Si. Patria es la unión de muchos ciudadanos por un solo ideal para que la felicidad reine entre ellos, y no de otro modo se puede valorar la verdad social.

Fué así, como desde Dante hasta Leopardi, se mantuvo un mismo sueño; fué así como desde Villani hasta Hugo Fóscolo, los repúblicos secundaron un mismo sueño, y, por último, como desde Rienzi hasta Manin, hubo héroes en la Italia que buscaban la órbita de sus derechos para saborear la propia felicidad de la Patria.

Tales hechos se verifican, no por impulsos que esta o aquella demarcación territorial provoque, sino por la vinculación del espíritu de esos muchos; es decir, por el Ideal. La Patria belga, aún cuando su territorio pertenezca a los alemanes, vive, existe y siempre existirá por la vinculación espiritual de *esos muchos* por el mismo ideal.

Que la dilatación de nuestro sér, tenga desarrollo en el terruño en que nacimos, o en otro, no quiere decir que sea el terruño la Patria, simplemente, sí, que la contiene, pues con anterioridad existió la Patria.

Las razas errantes y dispersas por el mundo civilizado, se nos antojará con Don Emilio Castelar, "*verles pintada la tristeza en sus rostros e hirvientes sus pechos por la desesperación al no poder unir sus cenizas a las de sus mayores;*" sin embargo, esas razas tienen Patria, aunque aparentemente estén sin ella. En efecto; nunca los vereis accionar opuestamente a su ideal, y, en lugar de tener por templo una demarcación territorial, hacen arder el fuego de su espíritu en el Universo mundo.

¡Soberbio templo en donde se purifican del egoísmo!

Cierto. Las agrupaciones nómadas, dada la civilización, tienen la más desdichada y pobre de las Patrias. Los cretinos no la conocen, totalmente carecen de ella y aquellas agrupaciones que no solo corrompen su ideal, si nó que se dividen, se hunden en las más espantosas tinieblas para ni siquiera mantener el cariño natural al lugar que los vio nacer. Forman, pues, excepción. Convenidos. La Patria se desarrolla en un teatro, (TERRUÑO, aire, luz, agua, etc. etc.) pero esto no quiere decir que el teatro sea la Patria, sino que es un medio de extereorización.

En las sociedades primeras, los teatros variaban para una misma agrupación, y la Patria siempre fué una sola: *La felicidad de los seres agrupados bajo la potestad de un jefe que la armonizaba.*

El concepto de Patria, que consignamos nosotros, explica la unificación de la raza española (Nuñez de Arce como que así lo apreció). En efecto, llegó un momento en que notaron que lo superior, lo que estaba sobre las fronteras de sus diferentes Coronas, era la *Verdad social* del ibero, es decir, la potestad del espíritu de la raza, y las disidencias desaparecieron para dar paso a la Patria.

Se dirá que, apareciendo la gran Patria, la unión se hizo? No. Preexistía la unión de vinculación y por eso se unificó la raza.

Eso de decir con Don Emilio Castelar: *La palabra de Cicerón, tan armónica y viva, es la palabra de Italia; el aroma de los versos de Virgilio, es el aroma de los campos de Italia; la gran alma apasionada y*

vívida de Dante es el alma de Italia; el gemido y el amor de Petrarca, es el gemido y amor de Italia; los colores de Rafael, son los reflejos del cielo y de la luz de Italia etc. etc., no es otra cosa más que literatura selecta. ¡Vaya, qué candidez no vendría a ser, creer que aquel terruño tenga la magia de producir semejantes actuaciones al espíritu del hombre! No. La palabra de Cicerón pasó a la posteridad, grande por ser la encarnación espiritual de aquella agrupación de ciudadanos en pos de su propia felicidad, y por razones parecidas las paráfrasis siguientes mantienen sus analogías.

La fuente de la Justicia y de la Ciencia, está en la estimación de nuestra personalidad ¿Cómo, entonces, querer establecer que por el encariñamiento idiosincrático al terruño en que se nace, éste sea la Patria? No. Mil veces no. La Patria constituye un sentimiento noble, grande, fuerte y de dulzura inagotable. Recordemos, pues cómo cuando una familia extraña tomó posesión del trono español, amenguando las libertades del pueblo, todas las ciudades reunieron sus fuerzas y acudieron a la pelea, lanzados seguramente por ese sentimiento trocado en amor a la Patria.

Más, si decimos que Patria es la tierra en que nacemos, jamás aparece nuestra personalidad, ni el terruño la hace aparecer, y es porque la Patria es la resultante de la vinculación del ideal afianzando nuestra persona, por lo que hay que defenderla aun a costa de nuestra sangre.

SALVADOR PADILLA.

El Salvador. — 1915.



La Estatua de Lempira

HACE algunos años lanzamos, en un periódico de la capital, la idea de erigir un monumento que perpetúe el gesto heroico de Lempira, cuando la conquista, fiera y dura, trajo hombres más avarientos del oro de nuestros veneros vírgenes, que del laurel inmortal de la gloria.

Como antes de que nuestra voz se oyera en tal sentido, no sabemos que otro haya hecho igual recuerdo de esa deuda cívica, recibimos muchas felicitaciones, y, también muchas objeciones y burlas. Entre estas recordamos la siguiente: «El que piense en levantarle estatua a ese indio rústico, es un ignorante, porque si no le hubieran vencido los españoles estaríamos en la obscuridad» Qué sapiencia de hombre, pensamos! Si ya todo el territorio hondureño estaba en poder de los castellanos y sólo ese indio, más grande que la gloria — que aun le hace remilgos de coqueta para darle su corona de inmortalidad — se hizo fuerte y murió heroicamente, legendariamente, en el peñón de Coyocutena.

Otra objeción, fué: «Que no conociendo su tipo no podría labrarse una imagen parecida». A lo que contestamos: que Lempira tenía, en esa época, de 38 a 40 años de edad, de regular estatura, más bien grueso, con los rasgos físicos de la legítima raza indígena. Y como lo que se busca es crear un ejemplo viviente del valor, del patriotismo y de la libertad, basta con buscarle una semejanza, colocarla en actitud de disparar una flecha, con el carcax al hombro y los españoles al pie en disposición de ataque. Algo así que haga decir a las generaciones venideras,

como dijo Plutarco en las Vidas Paralelas: «Ví un monumento sencillo y una inscripción». No es la ornamentación suntuosa la que se busca. Es el alma cristalizada de un hombre de otros tiempos, tan escasos hoy.

Como creemos que el monumento se hará por contribución nacional, porque nacionales son su memoria y su grandeza, no estamos de acuerdo con *El Nuevo Tiempo*, que dice: «Que con esos veinticinco mil pesos bien podían los graciosos crear un Banco Agrícola». Ni los graciosos solicitarían un centavo para favorecerse en esa forma, ni habría quien se los diera.

«La vida es un viaje», ha dicho don Mariano de Larra. Pero en este viaje debemos dejar los mejores recuerdos generosos. Y ninguno tan loable como el culto de los héroes de que habla Carlyle.

Siempre los hondureños hemos sido un tanto inconsecuentes con nuestros hombres máximos. Si don Marco Aurelio Soto no hubiera alimentado el afán de marmolizar, no contempláramos las estatuas y bustos de la capital. Recuérdese que más bien El Salvador, el pueblo pequeño, pero grande, ha honrado a Morazán y a Cabañas, esos hijos gemelos de la Unión Centroamericana, dándoles a dos de sus departamentos aquellos nombres venerandos. En cambio, el espíritu de contradicción nos anima. Colón, descubre la isla de la Costa Norte, y la llama de los Pinos, nosotros se lo quitamos y le ponemos el de Guanaja. Al escapar de ser víctima de un naufragio, exclama: «Gracias a Dios que hemos salido de estas honduras». Y conservamos ese nombre despectivo.

Cuando fundamos la Sociedad "Juventud Hondureña", en Tegucigalpa, con el Profesor Carlos Aguilar Pinel y el escritor Vidal Mejía, no sólo buscamos un campo de cultivo para nuestra juventud, en el semanario que se publicaba, porque no existían más que periódicos oficiales, sino que también entraba en nuestros propósitos allegar fondos para la estatua de Lempira. Fracasamos, porque nadie nos dió la mano. Pero no hay simiente generosa que no germine en lugar propicio.

Posteriormente, propusimos que se cambiara el nombre al departa-

mento de Intibucá, por el de Lempira. Nadie se disgustaría por eso, pues todo Occidente era dominio del indio hermano en el alma de Caupolicán, muerto lo mismo, traidora y heroicamente por los flamantes violadores del suelo americano.

Damos nuestra sincera voz de entusiasmo a los gracianos, para que si no hoy, dentro de diez o cien años, se levante el monumento a Lempira.

TRINIDAD FIALLOS.

Santa Rosa de Copán.— 1915.



LA LUZ

(Poesía premiada con estrella de oro en un certamen celebrado por el Liceo de Granada).

LA Luz que de Dios emana,
 En el principio del mundo
 La hizo de un soplo fecundo
 Su voluntad soberana.
 Un volcán de ópalo y grana
 Rompió las nieblas oscuras,
 Y al rodar en ondas puras
 Sobre las alas del viento,
 Llenó el ancho firmamento
 Coronando las alturas.

Se estremecieron las moles
 De las montañas gigantes;
 Por los espacios distantes
 Bañados en arreboles,
 Brotaron mundos y soles
 Sin término ni medida,
 Y en su embrión reducida
 La ruda materia inerte,
 Rasgó el seno de la muerte
 Al germinar de la vida.

Y fué la luz, creación
 Del aliento soberano,
 El más portentoso arcano
 Del tiempo en la sucesión.
 Pasaron como un turbión
 Razas, genios, sociedades
 Y utopías y realidades,
 En un vaivén sempiterno
 ¡Y aun el arcano es eterno
 A través de las edades!

La luz, intenso fluido
 Que arde en el sol y se inflama
 Y a torrentes se derrama

BIBLIOTECA NACIONAL HENRI
 SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Por el aire enrarecido,
Es el calor encendido
En el foco sideral;
Es la sustancia vital,
Pura, esplendente, inaudita,
En su extensión, infinita,
Como en esencia, inmortal.

La luz es todo belleza,
Es presagio de ventura,
Es gala de la hermosura
Y fuente de la riqueza.
La madre Naturaleza
A su influjo peregrino,
Su providencial destino
Cumple con pródiga mano
Y va tocando lo humano
Para alcanzar lo divino.

Fluye y ondula vibrante
En golfos de mil colores;
Da matices a las flores
Y facetas al diamante;
Se filtra en el pecho amante;
Y el alma, en bienes fecunda,
Ve, al reflejo que la inunda,
Que es, en el valle en que llora,
La vida, radiante aurora,
La muerte, noche profunda.

Todo con faz de alegría
Lo embellece y lo abriga,
Y todo en la tierra canta
Un himno al romper el día.
Y al rumor de su armonía
Sacude el sueño rehacio
El magnate en su palacio,
El pastor en el otero,
El reptil en su agujero
Y el águila en el espacio.

Es una maga hechicera
Por quien el hombre suspira,
Que en el espejo se mira
Y en el agua reverbera.
Su sonrisa placentera
Los sentidos embriaga;
Y como hechicera maga,
Que siempre en el aire flota,
Su placer jamás se agota
Y su amor nunca se apaga.

Como una lluvia de oro
En fino tamiz cernida,
Del origen de la vida
Va derramando el tesoro.
Nada, a su paso, incoloro
Yace oculto en la penumbra:
Es fuerza que nos encumbra,
Es ardor que nos sustenta,
Y faro que nos alienta,
Y antorcha que nos alumbrá.

En el éter, bulliciosa
Salta, resbala, se agita;
Ya rauda se precipita,
Ya corre vertiginosa.
Con sus pinceles de rosa

Traza risueños paisajes,
 Dibuja nubes de encajes,
 Y recorta densas brumas,
 Y riza blancas espumas,
 Y pinta rojos celajes.

Es voluptuosa ondina
 Que se adormece en la playa,
 Y en las olas se desmaya
 Y en las rocas se reclina.
 Es del agua cristalina
 El beso acariciador,
 Y, en el eléctrico ardor
 Que enlaza un sér a otro sér,
 Es rayo de rosicler
 Y es relámpago de amor.

Incendio que a todo alcanza
 En combustión permanente,
 Es el ósculo candente
 Que el cielo a la tierra lanza.
 Luz del pecho es la esperanza;
 Luz del triunfo es la victoria;
 Luz de los pueblos, la historia;
 Luz sacra, la Religión;
 Luz, la fe y la inspiración;
 Luz, la fama, y luz, la gloria!

Luz es el rayo sublime
 Que en el genio centellea;
 Y es luz cuanto nos recrea
 Y luz cuanto nos redime.
 En nuestra frente se imprime
 Y nuestra soberbia humilla;
 Es luz lo que no mancilla,
 Lo que no es bajo y cobarde:
 Luz es todo lo que arde,
 Luz es todo lo que brilla.

Luz, en fin, es la razón,
 Es el alma, es la conciencia,
 Es la noble inteligencia
 Y el honrado corazón.
 Luz también es la ilusión;
 Luz, la ardiente caridad,
 Luz bella, la libertad;
 Luz breve, la juventud;
 Luz divina, la virtud;
 Luz eterna, la verdad.

Y esa inmensa maravilla
 Del aliento soberano
 Y ese portentoso arcano,
 Mar de fuego sin orilla;
 Y esa corona que brilla
 Con resplandores fecundos,
 Es, tendida en los profundos
 Espacios, clara y sin velos,
 La mirada de los cielos
 Que hace palpitar los mundos.

AURELIANO RUIZ.



“*Nociones de Literatura General*”

UNA OBRA DE ANDRADE COELLO

A ISAAC J. BARRERA

ALEJANDRO Andrade Coello, el joven y ya ilustre escritor ecuatoriano, que con tantas y tan útiles obras científicas y literarias ha contribuido a enriquecer la biblioteca hispano-americana, me ha enviado un ejemplar de la segunda edición de su obra *Nociones de Literatura General*, declarada de texto en el Ecuador y premiada por el Honorable Consejo Superior de Instrucción Pública.

Concedor profundo de su idioma y de las orientaciones artísticas de la época, así como de las tradicionales deficiencias pedagógicas que hacían poco menos que enfadoso el aprendizaje de la Retórica y Poética, Andrade Coello introduce en esta materia innovaciones que echa de ver a simple vista el menos versado en literatura preceptiva y que comunican a estos estudios el animado carácter de una conversación que instruye deleitando, a la vez que familiariza al estudiante con el conocimiento de episodios y asuntos de la vida nacional y con la fisonomía de escritores contemporáneos, hijos unos, del propio país, y de países hermanos los otros. Refiriéndose a estas innovaciones, dice el autor, en su muy interesante prólogo:

«Los aficionados hallarán, siquiera en bosquejo, algunas tendencias modernas, ideales del siglo e innovaciones que nadie ha tocado todavía y que intenté con ansia estén formando aquí, más que un cuerpo de doctrina, un derrotero del práctico existir. No faltará quien se sulfure porque cité al *futurismo*, ni

quien se ría por haber llamado la atención de la literatura franciscana, ni quien se sorprenda al hallar que están figurando como géneros independientes el periodismo y la oratoria, ni quien rechace la gran importancia que doy a las cartas, ni quien se escandalice de que traté con un sí es no es de poco respeto a la epopeya clásica, bajándola de su cristalizado pedestal para colocar en su lugar a la novela moderna como creación épica del día; ni quien me crea revolucionario porque rechacé la rutinaria clasificación tanto de las figuras como de la poesía lírica, especificación imposible a causa de las complicaciones psicológicas; ni quien juzgue contradictorio censurar la manía del libro y extraño el hablar de viajes; ni quien desdeñe el capítulo acerca del modernismo como cosa baladí, tal vez indigna de tomarla en serio».

«Muchos párrafos son amigables insinuaciones, sinceras y frugales entradas al ágape intelectual; gestos provocativos para despertar el amor a la patria y sus grandes hombres, a la América y sus ilustres hijos, a la belleza universal y a la humanidad.»

Un método de tan evidente sencillez pedagógica como el que tengo a la vista — el cual, si de algo peca, como dice su autor, es de inmensa tolerancia y de efectivo cosmopolitismo — tenía necesariamente que alcanzar justa y merecida hospitalidad en los círculos de enseñanza de la culta República suramericana.

Y es que Andrade Coello, a más de ser un poeta genial y un brillante prosador y de poseer una seria erudición de la que, sin presuntuosidad alguna, está dando frecuentes notaciones, posee también un exacto conocimiento de la psicología escolar: de ahí la eficacia de su texto, fundado en una completa observación de aquellas disposiciones psíquicas que no es posible desenvolver de una manera armónica si no son previamente conocidas sus particularidades diferenciales. El autor de estas quinientas treinta páginas de *Literatura General*—o nociones, como él quiera llamarlas modestamente—ha derivado de su contacto diario con la naturaleza psíquica escolar, un conjunto de experiencias personales que él utiliza en su obra con discreción y acierto.

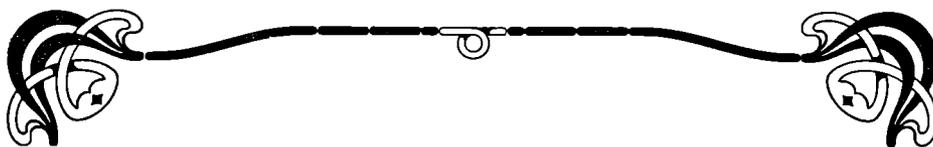
Alejandro Andrade Coello, que es miembro de la Real Academia de Ciencias y Artes de Cádiz y de otras instituciones científicas, lleva ya publicadas unas catorce obras, entre didácticas y literarias, a las que ha dedicado la crítica grandes elogios, especialmente a *Algunas ideas acerca de educación* (cuya segunda edición fué decretada por la Municipalidad de Quito); y tiene anunciadas otras siete, una de las cuales aparecerá con este título: *La enfermedad de los versos*.

No dudo que el ilustre escritor quiteño haya dado con las causas de esa enfermedad que también aqueja a Santo Domingo. Aquí la producción de los versos es sólo comparable, por lo excesiva, con la producción del azúcar, que es nues-

tra industria principal; con la diferencia de que aquellos ni se cotizan a ningún precio, ni alcanzan a endulzar la heroica paciencia del público. Esto tiene su explicación; nuestros mejores poetas: Pellerano, Castro, Fabio Fiallo, Apolinar Perdomo, Enrique Henríquez, Porfirio Herrera, Emilio Prud'homme, José María Bernard, Juan T. Mejía, no escriben, o no publican lo que escriben. Nuestro querido y altísimo literato don Federico Henríquez y Carvajal, es quien está sosteniendo el prestigio de la lírica dominicana, brillantemente secundado por estos exquisitos poetas jóvenes: Furcy Pichardo, Bermúdez, los Dicoudray, Emilio Jiménez, Garrido, Aguiar, Rijo, Fiallo, Lamarche, Noel Henríquez y otros tantos. De que se sigue que ensayistas más o menos afortunados, queriendo aprovechar el momentáneo eclipse de nuestros grandes creadores de belleza, intentan adueñarse del campo y pretenden, aquí, desarraigar un tronco milenario para poner en su lugar una estorbosa mandrágora; allí apagar con un puñado de tierra estercoliza el brillo iridiscente de algunas piedras preciosas, al objeto de que se fije en los guijarros la mirada del buen gusto; y allá mutilar, con la segur de la envidia, rosales de milagrosa lozania, a fin de que no se advierta, por comparación, la ultrajante y desaliñada pobreza de sus plantíos.

EMILIO A. MOREL.
(Socio Correspondiente)

Santo Domingo. — 1915.



IDILIO CRIOLLO

Cerca de la fuente
 cuando es de mañana,
 él la espera inquieto
 que llegue a traer agua.
 Por el caminito
 mira hacia la casa
 Que en el claro-oscuro
 de la madrugada
 Se advierte blanqueando
 por entre las matas.
 Mientras el jilguero
 canta allá en las ramas,
 Juan con su silbido
 también le acompaña.
 Muy lejos un gallo
 golpea sus alas
 y grita anunciando
 que es hora del alba,
 y otros le contestan
 en gran algarazara.

*

— ¿*Quiarà* la Silveria
 que tanto se tarda?—
 dice Juan espiando
 siempre hacia la casa—
 Ayer ya de noche
 me dijo:— “e mañana
 voy a levantarme
 a *yenar* la *jarra*;
 me *aspera* en el río,
 ay *veya* si pasa
 como el otro día
 que *usté* no *yegaba*.”
 — Al primer PITAZO
 que suelte la máquina
 ya debo estar listo
 para irme a la arada.
 ¡Qué diera por verla
enque juera un rato!
 Por estar juntito
deya me *deshago*,

ay! si lo *sabiera*
 no tardara tanto!
 En sus ojos sarcos
 verme yo *deseyo*
 hoy que está alumbrando
 el *nistamalero*,
 y sin que *haiga naide*
 que pueda aquí vernos!
 ¡Que no tarde tanto,
 Virgen del Carmelo,
sabés cuánto la amo
 y cuánto la quiero!
 En cambio a que venga,
yevarte te ofrezco
 a tu santa ermita
 flores de mi *güerto*.

.....
 Ya clareando el día
 por fin, a lo lejos,
 la vió que venía
 derecho el sendero,
 y ansioso a encontrarla
 salió Juan corriendo.
 Venía muy guapa,
 el cabello suelto
 y bien olorosa
 como un limonero.
 Juntos se sentaron
 cerca del riachuelo,
 y hubo risas francas
 y hubo palabreos. . .

* \

...Y aquella mañana
 de calma y silencio,
 despertó la aurora
 al ruido de un beso!

MERCEDES QUINTERO.

ATENEOS DE EL SALVADOR

BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A. 601



SEÑORITA MERCEDES QUINTERO

Joven salvadoreña que se ha revelado como una inspirada poetisa



Temas Sociológicos

AMPARO A LA MUJER NO CASADA Y A LOS HIJOS NATURALES

(Especial para el «Ateneo de El Salvador»).

LA eficacia de una doctrina o el resultado palpable de una ley consagrada por el tiempo, afirman su justicia y conveniencia.

Espigando con algún cuidado las estadísticas municipales se observa que la natalidad es progresiva y que la cifra de los hijos ilegítimos, según el concepto jurídico admitido, cubre la casi totalidad de los cuadros demográficos, lo cual simple y llanamente parece atropellar el evangelio católico-romano en una parte substancial de su ética ortodoxa. La doctrina de los moralistas escolásticos prohíbe a su comunidad la procreación que no autorice previamente la Iglesia de Roma, mediante el pago del arancel establecido para el ingreso en la comunidad. Por supuesto debe darse que los niños que nacen de uniones desautorizadas por la religión reinante y que por lo mismo son bastardos ante las leyes consagradas en los pueblos feudatarios del Vaticano, vienen al mundo con estigma que mancilla el nombre de la criatura inocente y degrada a la madre que le dió el ser en un raptó de amor, de debilidad o fatalmente lanzada a ello por mil causas conocidas y desconocidas. ¿Será esto cristiano o siquiera razonable? Por una parte prevalece el mandato bíblico de "creced y multiplicaos"; y no vemos otra manera de cumplir el divino mandato que practicando la ley natural con las menores trabas posibles, con tal que la ley civil garantice el amparo de la mujer seducida y el de la criatura hasta que ésta pueda va-

larse por sí misma. El desamparo en que hoy nacen la mayoría de los hijos ilegítimos debe ser motivo de estudios serios de parte de los sociólogos y estadistas, procurando establecer la responsabilidad de los padres para con sus frutos ilícitos, especialmente si son casados y no pueden dar una satisfacción moral suficiente a la madre; pero aquella responsabilidad de una manera categórica, prudente, justa y eficaz. Si la inmoralidad cunde hoy es porque nos preocupamos más de lo político que de lo social, más de lo religioso que de lo moral, dejando a la mujer y a la familia al arbitrio de la felonía, la intemperancia y la fatalidad. Ahora, si la Sociedad, convencida de que entra en la economía política y en la parte positiva de las creencias especulativas la prohibición de actos congénitos en la naturaleza humana animal, que la higiene reclama y que la costumbre y la ley natural sancionan, ha hecho bien en considerar como una fuente de riqueza social lo que no puede en manera alguna dejar de producir, lo que es fatalmente irremediable por su encarecida condenación y prohibición y por la naturaleza misma de los motivos que concurren a la constitución de la familia, base esencial de los Estados y por consiguiente materia del legislador, moro o cristiano, para sus cálculos crematológicos. Del hecho de la natalidad de hijos ilegítimos y de la tolerancia que el Estado y la Iglesia observan en la universalidad de los casos de pros-

titución del precepto ortodoxo, escudado en una moral antilógica, se desprende que la ley humana artificiosa, impuesta por intereses egoístas, no ha podido ni podrá prevalecer sobre la ley natural o biológica, a pesar de la ignorancia y el fanatismo, que son auxiliares en otros respectos de las causas injustas y de las incruentas cruzadas religiosas, como tendremos ocasión de probarlo al final. Y a tales extremos va llegando ya la función del libre arbitrio y el prestigio de la moral positiva, que no estará lejano el día en que las vinculaciones convencionales o de conveniencia del siglo, se tendrán como casos de trasgresión de la ley natural, y en que la función de la familia será, como reza el Evangelio, la obra más meritoria ante el Altísimo, y, por consiguiente, ante las gerarquías tenidas como de derecho divino, desde luego que con ellas se cumple una opción fisiológica y profiláctica, la primera necesidad económica de los Estados modernos y medio experimental de la ciencia política para llegar a la forma sistémica de las hegemonías hereditarias y representativas, fuentes de paz y de bienestar sociales. Paz y Fraternidad fué el lema propagado por el rey de los Judíos, consagrado en la Cruz Redentor del Mundo y Mártir del Calvario. Así es que toda doctrina religiosa o divagación jurídica que desvirtúen el fundamento providente de la doctrina cristiana, síntesis moral de las más avanzadas escuelas filosóficas, es contraria a la razón natural y al principio eterno de la economía biológica.

De lo dicho se induce que toda religión que atente a la ley natural es ilógica, inconsecuente con los principios de la ciencia y la experiencia y de ninguna eficacia contra el proceso demográfico que tanto importa hoy a las naciones productoras.

Creemos nosotros que la razón que culmina sobre la sabiduría hu-

mana exige un detenido examen de esta cuestión sociológica en que se hallan comprometidos los más altos intereses temporales y morales de la comunidad. Precisa revestir con el prestigio de la ley civil y de los dogmas políticos toda innovación que se intente en campo tan abonado por el fanatismo para una trascendente conflagración espiritual, como aquella que dió origen a las ocho Cruzadas emprendidas sucesivamente por Pedro el Ermitaño, Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia; Federico Barbarroja, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León; Balduino de Flandes, fundador del imperio latino de Constantinopla; Juan de Brienne y Andrés II de Hungría, que llegó hasta Egipto; Federico II de Alemania; y, las dos últimas, séptima y octava, acometidas por San Luis, y que, como saben los doctos, terminaron con la toma de Tolemaida y Ascalón.

Fermenta ya en la conciencia nacional ilustrada la revolución pacífica que debe fortalecer el brazo del progreso para segar la mala yerba filosófica que crece lozana en la llanura de la democracia centroamericana. La ruptura del elemento laborante y analfabeto con el Pasado intransigente no es obra de poco tiempo ni cabe en nuestro estrecho molde político, por nuestra insignificancia mundial; pero sí cabe en las esferas activas de la mentalidad patria, a la cual toca la gloriosa labor de propaganda convencida y decidida, pues todas las evoluciones del alma humana que se han operado en el curso de los siglos han contado previamente con apóstoles y mártires, con portavoces y soldados.

Ahora, al amparo de nuestras instituciones y oficiando en el templo de la República como sacerdote de la ley y la libertad un cumplido ciudadano que no ha rehusado vincular su esclarecido nombre a la historia accidentada de este pueblo, si versátil a veces, liberal y progre-

sista siempre, los intelectos de buena voluntad y las almas fuertes deben hecer algo por la futura grandeza moral del pueblo salvadoreño, ya que en otros terrenos ha dado

muestras de virilidad, abnegación y patriotismo.

CARLOS URRUTIA F.

San Salvador, diciembre de 1915.



THE ARROW AND THE SONG

I shot an arrow into the air,
It fell to earth, I knew not where;
For, so swiftly it flew, the sight
Could not follow it in its flight.

I breathed a song into the air,
It fell to earth, I knew not where;
For who has sight so keen and strong,
That it can follow the flight of song?

Long, long afterward, in an oak
I found the arrow, still unbroke,
And the song, from beginning to end,
I found again in the heart of a friend.

LONGFELLOW.

LA FLECHA Y LA CANCIÓN

(Pensamiento de Longfellow)

CON mi arco lancé una flecha;
Y con tal fuerza escapó,
Que abriendo en el aire brecha
No supe donde cayó.

Solté al aire una canción
Y voló de tal manera,
Que, cual la flecha ligera,
También, también se perdió.

Mas, algún tiempo después,
En una encina encontré
La flecha que allí enclavó;

Y el canto, el canto sentido,
También encontré escondido
En lo hondo de un corazón.

ALBERTO V. MONTIEL.



Ante el ideal Antillano

COMO quien ha mirado fija y largamente el sol, donde quiera que lleve los ojos contempla un círculo de llamas, aún veo en todas partes el agua verde de la bahía, el cielo floreciente de cirros, los heroicos muros de la fortaleza, el blanco semicírculo de la urbe, las rígidas lanzas de las palmeras, todo este fastuoso panorama que asombra y encanta al que viene del mar uniforme y solitario, y entre agua y tierra y cielo, como el ala de un pájaro maravilloso emergente del fondo del aire, la onda triunfal de la bandera de la República.

Cumbre de mi visión patriótica, mi primer saludo, mi primera palabra, mi primer amor deben subir a la bandera iluminada por los aceros de los caudillos y las estrofas de los poetas, porque la bandera cubana, como el lábaro dominicano y el estandarte puertorriqueño, es también mi bandera; símbolos augustos de la patria trina y una en las islas que se prolongan y confunden bajo los mares, sobre los cielos, en el ambiente y el espíritu de las Antillas.

Una de estas banderas antillanas, la insignia libre de Puerto Rico, que luce en mi pecho, pareció a un periodista la bandera de los Estados Unidos, por un feliz error que me trae un bello motivo para la suscita explicación de mi retorno a esta amada ciudad, donde cantaron mis alegrías de estudiante y mis ensueños de patriota.

Mi bandera no es la de los Estados Unidos; ésta es una bandera de honor, la mía es una bandera de amor; venero la enseña de los bravos fundadores de la primera patria en América, pero la mía es la última y es para mí la última la primera y la adorada.

Mis dolorosas luchas por la libertad de Puerto Rico no se desenvuelven en una campaña agresiva de aborrecimiento o venganza contra el noble pueblo de Washington, sino que por diverso modo tienden al reconocimiento de la República puertorriqueña por el Congreso de los Estados Unidos, dentro de un magno y trascendente espíritu de armonía y convivencia, entre las dos razas civilizadoras y redentoras del mundo americano.

Aún podría exclamar, como lo haré en ocasión más oportuna, que la independencia de Puerto Rico está ya proclamada por el Congreso de los Estados Unidos y que no es necesario su reconocimiento explícito que culminará por la propia virtud de la Constitución que nos rige, al breve término de una evolución progresiva de nuestro sistema de gobierno hacia nuestra soberanía nacional.

Sí, lo que no debe ni sospecharse, es que el pueblo norteamericano rompiera sus tradiciones democráticas, para revertir en su provecho la doctrina sustentadora de la inmunidad de América contra la conquista, si en esa presa tan débil como el Cordero se ensañase el poderío del Aguila, si no se nos cerraran todos los caminos de la legalidad y los horizontes de la esperanza, los puertorriqueños ofrendarían el último sacrificio a la dignidad y la libertad de la tierra nativa; pero aún alienta en nuestros corazones la fe en la justicia del pueblo norteamericano y en las cívicas incruentas batallas luchamos por el triunfo del derecho patrio.

Cualquiera que fuese nuestro destino, esperanza cumplida o desesperación insufrible, presentimos y

sabemos que nuestros hermanos de Santo Domingo y Cuba, más allá nuestros hermanos del Continente, nos acompañarán en nuestro regocijo y en nuestra ira y en nuestro dolor; más, por muy noble que fuera, no hemos de llevar nuestro egoísmo al generoso anhelo de la Unión Antillana.

No ha de fundarse esta hermandad como instrumento de la independencia de Puerto Rico, ni sus propósitos y trabajos van siquiera directos a la Confederación de las Antillas, aún cuando alcanza naturalmente la visión de una futura nacionalidad, grande y fuerte, que tienda sobre múltiples columnas los gloriosos arcos por donde pasarán victoriosas las nuevas generaciones antillanas.

Nuestra institución a la que dió ya cuna la Isla madre del alma y la civilización cristianas del Nuevo Mundo, no puede levantar suspicacias, recelos, hostilidades, ni aún en los ánimos más propensos al temor de imaginarios conflictos, porque salva todos los obstáculos, con-

tilia todos los intereses, satisface todos los deseos, ayunta las voluntades todas, calienta en una llama de amor todos los corazones.

La prensa publicará, si es tan bondadosa, las bases aprobadas en Santo Domingo para constituir la Unión Antillana y trabajar inmediatamente en aquellas órdenes de la vida social económica, literaria, de ciencias y arte, que estrechen y benefician las relaciones y la prosperidad de nuestras Islas.

Cosas prácticas, cosas de realidad, que irán concibiendo y encarnando el ensueño de Martí, Gómez, Hostos y Betances; irradiación que vive en mis ojos y contemplo en todas partes, en un círculo de fuego, como el que ha observado fija y largamente las palpitaciones del sol. . .

¡Bandera cubana! ¡Lábaro dominicano! ¡Estandarte puertorriqueño! ¡Rosa de las Antillas! ¡Constelación naciente del divino ideal!

JOSÉ DE DIEGO.

Puerto Rico. — 1915.



NOCHE DE PASCUA

(Para el "Ateneo de El Salvador").

ESTA noche de pascua, blanca y fría,
 Las manos de las novias están buenas
 Como para elevar la Eucaristía
 O para bendecir las azucenas.
 La plata de la luna se ha esparcido
 Como una polvareda de magnesia
 Y hace pensar en el amor perdido
 De aquella Rarahú de Polinesia.
 La última noche en que los dos amantes
 Se dijeron su larga despedida
 Cuando él se iba a alejar de la isla extraña.
 Mientras daba la luna en los distantes
 Confines de la mar, compadecida,
 Su caridad de luz a la cabaña.

*

Esta noche de pascua, blanca y fría,
 La pobre y silenciosa capital
 Se contempla a la luz de un medio día
 De una tenue visión del plano astral.
 Fantasmas de esperanzas que murieron
 Agitan de recuerdos mi ciprés,
 Y tornan por las calles que se fueron,
 Con los rubios ensueños del Jerez.
 El íntimo festejo desde afuera
 Subraya con sus negros vaticinios
 El buho que en el ámbito silbó.
 ¡Quién sabe qué desgracia nos espera
 En su torre de incógnitos designios
 Como una pensativa Salambó!

*

Las ramas por el viento acompasadas
 Roncan un sueño de sudario, largo,
 Cual se quejaron de dolor, colgadas,
 Las liras ante el Eufrates amargo.
 La lluvia de esta luna los esteros
 Asola de nerviosas refulgencias.
 ¡Qué blancos estarán los ventisqueros!
 ¡Qué oscuro el *nunca más* de las ausencias!
 Si volviera el amor con las memorias
 Y fueras tú la misma, cuando una
 Vez con migo la cena compartiste.....
 Y hoy, como dos palomas migratorias,
 Que alzáramos el vuelo en esta luna
 A esa noche de un tiempo menos triste.

*

La eclosión de un cohete que ascendía
 Con un rastro frenético de aureolas,
 Volcó en una fugaz pirografía
 Berenjenas de luces y amapolas.
 Arden mirras hebraicas en los pechos
 Y el antiguo Belén, divina cuna,
 Se extiende en la inconsciencia de los techos
 Que esmaltan los azogues de la luna.
 En la persecución de cosas idas
 Me voy por los caminos más lejanos
 A otras noches alegres, ya extinguidas.
 Esta noche de pascua, blanca y buena,
 No tendré la bondad de *aquellas* manos
 Ni el favor de *aquel* vino en esta cena.

JOSÉ OLIVARES
 (Socio Correspondiente).

Todos somos Poetas

GENERALMENTE se ha creído que solo es poeta el enamorado de las rimas, behemio trovador, rehacio o remisio a toda otra noble y fecunda actividad del espíritu, que vive sujeto a la cauda-oriflama de las hijas de Apolo y no sabe hacer sino versos. Es un error. Hay no escaso número de individuos adscritos a duras faenas sociales, que, sin menoscabo de sus improbas labores, buscan en la amable intimidad de las musas, en horas propicias de recogimiento y al ensueño, el dulce contacto de las cosas con alma que despiertan el ritmo interior en los intelectuales emotivos.

Presencia en la vida diaria, la vida social activa, sin duda; pero al mismo tiempo la vida es sueño. De sueños como de ilusiones, como de

anhelos, que cristalizan en imágenes, se nutre y vive la poesía. El alma humana, a veces fatigada, a veces vencida, bajo la presión del egoísmo ambiente o bajo la pesadumbre de las realidades adversas, se recoge en sí misma, se abstrae, y se abre al amor, al ideal, a la belleza, y entonces le nacen alas o las desentume al calor de la emoción y echa a volar — si no siempre por las enhiestas cumbres de la oda y la epopeya — a través del sendero florido, o de los florecidos cármenes, en donde anida y canta el ave del poema.

F. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL
(Socio Correspondiente).

Sto. Domingo. — (República Dominicana).



EL PRIMER BESO

• A ELLA.

ÉL un beso furtivo a ella dió
en el dorso de la mano gentil,
y en ese beso amor irradió
en las cuatro pupilas, febril.

Después, en otra íntima ocasión,
inquieta preguntóle:

— ¿Y qué
dijeron el beso y mi emoción?
— ¿No lo sabes? Un mensaje fue.

— ¿Un mensaje? ¿fué fiel? ¿fué votivo?
¿dijo promesa?

— de una ilusión
— ¡ Ah!
— En ese beso furtivo,
sus ánforas volcó mi corazón!

JUAN J. FERNÁNDEZ.

San Salvador, diciembre de 1915.

Dos cartas literarias

REFERENTES A LA NOVELA "LA PAZ DEL ALMA"

SAN SALVADOR, NOVIEMBRE 7 DE 1915. — Señor don Juan J. Fernández. — Presente. — Querido amigo: Aproveché horas ahumadas de ferrocarril, con motivo de mi viaje a Santa Ana, para leer su novela *La Paz del Alma*.

Nuestros críticos literarios — yo fui de ellos desgraciadamente — tienen tendencia a anotar de los libros que semi-leen, los pasajes que no gustan a su paladar estético y los yerros o defectos en que consideran ha caído el autor. La crítica es simpatía. Así lo entiende Guyau que es mi querido maestro y a quien recomiendo lea usted meditativamente.

Al «ritmo suave y brutal del vagón», anoté lo bello, original y bueno que, a mi juicio y vibración simpática, encontré en las páginas de la primera flor de su mente y de su alma de poeta. Esas anotaciones marginales me dicen que debo felicitarle por su primer romance, cuyo envío agradezco sinceramente.

Su afectísimo amigo.

J. R. URIARTE.

TEGUCICALPA, 25 DE NOVIEMBRE DE 1915. — A don Juan J. Fernández. — En San Salvador.

Gracias por la gentileza que tuvo usted, al enviarme su nove-

la intitulada "La Paz del Alma".

Alabo su labor al ofrendar a la Bibliografía Centroamericana con su libro que, ojalá tenga en la intelectualidad sensata el éxito que merece un trabajo de tal índole.

Yo, créamelo Ud. amigo Fernández, estimo como una labor benedictina, el dar a la estampa un libro literario, en este ambiente, tan saturado de prejuicios vanos, de exigencias insubstanciales, y, en donde, el escritor o poeta, tiene que luchar con pueriles espíritus, tan intransigentes cuando del trabajo de los demás se trata, como si toda resolución no encarnara por coeficiente expreso,

una evolución previa.

Claro está, que si los que cultivamos las letras, los que, como ha dicho alguien, llevamos en el cerebro un poco del fuego de aquella divina locura que animaba al caballero manchego, ajustáramos nuestra conducta y nuestros ideales a sendas enmarañadas y mediocres, correríamos el peligro de seguir ese mismo plano en donde una *claque* más o menos entusiasta, camina sin rumbos ni horizontes determinados.

Más, los que podemos ufarnos de la insigne frase de Chénier,



Don Juan J. Fernández
Autor de la novela «La Paz del Alma»

enarbolamos, bajo todos los cielos,
nuestro penacho azul y blanco, co-
mo la más alta enseña de nuestras
aspiraciones.

Esperando mejor oportunidad pa-
ra referirme a su obra, le estrecho
calurosamente la mano.

Su affmo. y S. S.

VIDAL MEJIA.

(Director de la Revista «Helios»).

Tegucigalpa, 25 de noviembre de 1915.

EL PERIODISTA

Debe rendir a la Justicia culto
y debe, con furor de Prometeo,
degollar la Medusa del Insulto
y ser libertador . . . como Perseo.

Debe tener bajo su pluma oculto
un látigo mortal para el pigmeo,
y en los labios de heroico centelleo
un gesto de piedad para el estulto.

Debe ser un Apóstol y un Vidente
que ha de llevar, inexorablemente,
en alto la Verdad . . . como una tea.

Y con la roca del Honor por base,
debe ser un Petronio de la Frase
y un Júpiter Tonante de la Idea.

F. RESTREPO GÓMEZ
(Colombiano).

1915.



CONCURSO

convocado por la "Unión Ibero-Americana", de Madrid, para cooperar
a la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Cervantes

TEMA

Estudio crítico de los trabajos hechos por escritores
ibero-americanos acerca del "Quijote"

•

CONDICIONES DEL CONCURSO

I •

•

El autor del trabajo que resulte primado, obtendrá como recompensa *dos mil Pesetas* en metálico.

II

Asimismo conservará la propiedad literaria de su obra; pero la UNION IBERO-AMERICANA se reserva durante un año, desde la fecha de la adjudicación del premio, el derecho de publicar una edición de aquélla. Caso de ejercitarse este derecho, se regalarán al autor 300 ejemplares por cada 2.000 de los que compongan la edición.

III

Los trabajos serán originales e inéditos y estarán escritos en lengua castellana y en buen estilo literario.

IV

Serán remitidos a la Secretaría general de la UNIÓN IBERO-AMERICANA antes del 1º de abril de 1916.

Cada uno llevará un lema y la indicación de la persona o Centro a que haya de ser devuelta en el caso de no ser premiado.

En sobre cerrado, en el cual se consignará el mismo lema del trabajo, se remitirá la indicación del nombre y domicilio del autor. De estos sobres solamente será abierto el que corresponda al trabajo premiado; los demás serán quemados sin abrirlos.

V

Terminado el plazo de admisión, se publicará en la Revista de la UNIÓN IBERO-AMERICANA los lemas de los trabajos recibidos, así como, una vez adjudicado el premio, el nombre del autor que lo haya obtenido.

VI

Formarán el Jurado dos individuos de la UNIÓN IBERO-AMERICANA, uno del «Comité Ejecutivo del tercer centenario de Cervantes», uno de la Real Academia Española y otro de la Asociación de Escritores y Artistas.

Este Jurado apreciará libremente los trabajos presentados, pudiendo declarar desierto el Concurso si no hallase en ninguno de aquéllos méritos bastantes para ser premiado.

Madrid 10. de julio de 1915.

Por la Junta Directiva de la UNIÓN IBERO-AMERICANA.

PONENTES

Francisco Rodríguez Marín.

José M. de Ortega Morejón.

Vº Bº

El Presidente de la UNIÓN IBERO-AMERICANA

Faustino Rodríguez San Pedro.

BIBLIOGRAFÍA

Un esbozo

De la ciudad de Mérida (Venezuela), nos ha enviado un folleto el conocido escritor venezolano don Ulises Picón Rivas, que contiene un esbozo del notable publicista don Tulio Febres Cordero, escrito por don José Domingo Tejera.

Mucho agradecemos su obsequio al estimable compañero Picón Rivas.

“Guanuma”

Este es el título de la última producción del notable escritor dominicano don Federico García Godoy. *Guanuma* es una novela histórica de indiscutibles méritos,

como todas las obras que han brotado de la fecunda y privilegiada pluma de García Godoy.

De lo mucho que hemos leído de este ilustre publicista, desde su *Alma Dominicana, Rufinito y Páginas Efímeras*, tenemos la satisfacción de decir, que en su última obra, hemos saboreado el buen gusto literario al par que su selecta erudición en asuntos de la historia de su patria.

Entre la gloriosa legión de los buenos escritores de Hispano-América, la figura de García Godoy se destaca en primera línea, tanto por su devoción a las Letras, como por la energía de su brillante producción intelectual.

El "Ateneo de El Salvador" se complace en felicitar por su nuevo triunfo literario a su distinguido socio correspondiente en la República Dominicana.

* * *

"Melodías del Pasado"

El brillante poeta panameño Gaspar Octavio Hernández, ha dado a la estampa su primer libro de versos, con el nombre de *Melodías del Pasado*. Ya conocíamos la firma de este joven portallira en las páginas de la revista ilustrada "Esto y Aquello", que publica en Panamá nuestro amigo el distinguido poeta Enrique Geenzier.

El primer libro de versos de Hernández, le ha abierto francamente las puertas

de la celebridad en el mundo bibliográfico americano.

Para él va nuestro aplauso fraternal.

* * *

Historia de Centro América y Geografía de Honduras

El distinguido académico y conocido escritor, Licenciado Eduardo Martínez López, se ha dignado enviar para la Biblioteca de este *Ateneo*, sus interesantes obras tituladas HISTORIA DE CENTRO AMÉRICA Y GEOGRAFIA DE HONDURAS.

El *Ateneo* está formando una sección, en su Biblioteca, de autores centroamericanos, encabezada por las obras del sabio don José Cecilio del Valle. Ojalá que los socios correspondientes del Istmo nos envíaran libros nacionales para enriquecer la citada sección.

Agradecemos al Licenciado Martínez López su valioso obsequio.

* * *

Biografía del Presbítero Márquez

Nuestro estimado Socio Correspondiente en Honduras, Dr. don Rómulo E. Durón, nos ha enviado su última obra, consistente en una Biografía del Presbítero FRANCISCO ANTONIO MÁRQUEZ. Esta interesante producción literaria del doctor Durón, fué premiada en el último Certamen promovido por el ATENEO DE HONDURAS.

NOTAS Y APUNTES

Matinal

(A Don Carlos Meléndez)

*Amanece. La espléndida mañana
Brinda su luz al encrespado monte;
De púrpura se viste el horizonte
Y alegre dá sonidos la campana.*

*La Gran Naturaleza se engalana
En este hermoso día de tu santo;
Porque todo es placer, todo es encanto,
Para la Patria libre y soberana.*

*Hay porvenir de bienestar y gloria;
Mucho se debe a tu labor honrada
Y por ello la Patria no te olvida.*

*Tu patriotismo ensalzará la Historia
Y con laureles quedará exornada
La página brillante de tu vida!..*

LIVINO PRIETO Y PEÑA.

Un artista del fotgrabado.

Antonio Berrios se llama este nuevo artista del fotgrabado que, con sus trabajos de un gusto exquisito, está demostrando cuanto puede realizar la vocación y el constante bregar en la labor honrada. Berrios es un modesto hijo del pueblo que ha tenido que vencer, como es natural, no pocas resistencias para llegar a revelar sus felices cualidades en dicho arte.

Nosotros le damos nuestra sincera voz de aliento para que continúe trabajando con fe absoluta en el triunfo no lejano de sus nobles aspiraciones.

El Peñón de Gibraltar

¡Gibraltar! Triste padrón
que la infamia perpetúa
de España al par que de Albión;
llave de que hizo un ladrón,
para sus robos, ganzúa;
sangriento y bárbaro altar
donde a mi Patria se inmola.....
¡No se llame mar al mar
mientras no engendre la ola
que te ha de hundir y tragar!

El terremoto de Gracias

El domingo veintiseis de diciembre de 1915, será una fecha de fatal recordación para la histórica ciudad hondureña de Gracias, cabecera del Departamento del mismo nombre. El terremoto que hundió en la desolación y en la miseria a los habitantes de aquella ciudad, tendrá que perdurar como una de las inmensas desgracias que han azotado durante su existencia a la hermana sección de Honduras.

El espíritu filantrópico de Centro-América, en esta emergencia, como en otras, se ha hecho palpable acudiendo con toda solicitud a prestar su auxilio para socorrer a los damnificados de aquella sección de la Patria Centroamericana.

La paz de México y su amistad con las Naciones. » » »

Por fin soplan vientos de paz en la República Mexicana, después de cinco años de matanza, después de desastrosos días de tristeza y luto para innumerables familias que residen en el hermoso país del Anáhuac.

Vendrá la paz, ¡que bienvenida sea! si ella ha de traer la felicidad del pueblo mexicano y la tranquilidad, a la vez, de las naciones ligadas a él por a finidades de raza y simpatías de antaño ¡Que sea la paz que significa progreso, civilización y engrandecimiento del gran país azteca! Que nuevos rumbos tome la política internacional con las potencias del antiguo y del nuevo mundo, política de recíproco respeto y amistad sincera, que venga a ser poderosa ayuda en el desenvolvimiento de los inmensos tesoros que encierra en su suelo aquella patria querida. Las grandes potencias de Europa y el Coloso del Norte de América, tienen grandes intereses en México; que ellas, bajo bases de justicia y lealtad, colaboren, con los hombres de mi país, en la benéfica obra de labrar la felicidad común de nativos y extranjeros. Que se alejen las sospechas de rapiña y que francas relaciones de amistad unan sin peligros de ningún género, para mi pueblo, a las naciones todas del Orbe, dándose la mano en los campos en donde altivas vuelan las águilas aztecas.

LUIS R. ROBLES.

San Salvador, Diciembre de 1915.

Una profesora técnica

En otro lugar de esta Revista publicamos el fotográfico de la inteligente profesora técnica hondureña, señorita *Encarnación Arriaga Suazo*, que obtuvo con toda lucidez su Diploma de Profesora en el Colegio Técnico Práctico de Señoritas de esta capital.

La señorita Arriaga Suazo ejercerá el noble agasido del Magisterio en la hermana sección de Honduras, en cuya capital reside actualmente.

Dos socios que se incorporan

Cumpliendo con una disposición reglamentaria, se han incorporado últimamente, como socios activos, mientras residan en esta capital, los correspondientes doctor don Rafael B. Colindres, cuyo fotográfico publicamos en otro lugar de esta Revista, y don Saturnino Cortés Durán.

Mercedes Quintero

Tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores, en página especial, a esta inspirada y culta poetisa salvadoreña que, llena de verdadero entusiasmo, sabe traducir en bellas y correctas estrofas, todo el cuadal de sus sentimientos, toda la pureza de su alma joven. Ya en nuestra Revista hemos tenido el agrado de dar a conocer algunas producciones de ella, con el pseudónimo de *Alma Flor*, y hoy insertamos su último trabajo, *Idilio Criollo*. La señorita Quintero está en la flor de la vida, y ya ha cosechado triunfos por su claro intelecto. Deseamos para ella los mejores lauros y la excitamos para que continúe en su noble labor, dando vuelos a su fantasía, para honra y prez de las letras nacionales.

Trabajo y aburrimiento

En los países civilizados casi todos los hombres trabajan para ganar un salario. Para ellos el trabajo, es un medio, no un fin; y por eso no se muestran exigentes en la elección de trabajo, con tal de que les proporcione buena retribución. Hay algunos hombres excepcionales que prefieren perecer a trabajar en cosas que no deleitan, son minuciosos y difíciles de contentar y no les basta con ganar mucho si el trabajo no es por sí mismo la ganancia de las ganancias.

A esta especie de hombres raros pertenecen los artistas y los contemporáneos de todas clases, pero también los ociosos que se pasan la vida cazando en aventuras e intrigas de amor. Todos ellos buscan el trabajo y el esfuerzo cuando va mezclado con algún placer, y no les asusta entonces la más dura y difícil de las faenas; pero de no ser así, su pereza es grande hasta cuando puede traer consigo la pobreza, el deshonor o peligros para la salud y la vida; temen menos que el aburrimiento para que su trabajo pueda salirles bien. Para el pensador y para el espíritu inventivo, el aburrimiento es la calma chicha del alma que precede a los alegres vientos y a la feliz carrera; hay que soportarlo y esperar su efecto, y esto es lo que las inteligencias inferiores no pueden conseguir de sí mismas. Dispar el aburrimiento de cualquier manera es lo vulgar, tan vulgar como el trabajo sin gusto. En esto se distinguen tal vez los asiáticos de los europeos: en que aquellos son capaces de reposos más prolongados y profundos que éstos. Hasta sus narcóticos obran lentamente y requieren paciencia, al revés de lo que sucede con la insoportable rapidez de ese veneno que llamamos alcohol.

FEDERICO NIETZSCHE.

La Palabra.

No es cierto, no, que el silencio sea oro; es un sofisma cristalizado, como tantos otros, en la forma de proverbio, detrás del cual se amparan los que nada tienen que decir o los que temen que algo se diga. La palabra, portadora de la idea, es la verdadera redentora de la humanidad, ella vence el tiempo y la distancia; ella eslabona los esfuerzos de los hombres a través del dolor y del vencimiento; ella es faro en las noches de tormenta, estrella polar en los mares de la existencia. . . . ¡Ay de los pueblos que pierden la palabra!

S. PERES TRIANA.

Nicaragua.

Dr. Santiago Argüello.
Don José Olivares.
Don Hernán Robleto.
Doctor Antonio Medrano.
Dr. Cimón Barreto.
Don Juan R. Avilés.

Venezuela.

† General Pedro Arismendi Brito.
Doctor Rafael Villavicencio
Doctor B. Tavera Acosta.
Doctor Eloy G. González.
Doctor Nerio A. Valarino de Lorena.
Don Julio Calcaño
Don Manuel Díaz Rodríguez.
Don Pedro Emilio Coll.
Don César Zumeta.

Colombia.

Doctor Adolfo León Gómez.
Doctor Gabriel Cerón Camargo.
Don Guillermo Valencia.
Don Baldomero Sanin Cano.
Don Ismael Enrique Arciniegas.
Don Víctor M. Londoño.
Don J. Angel Morales.
Don Manuel A. Prados.

Ecuador.

Don Alejandro Andrade Coello.
Don Roberto Andrade.

Perú.

Don Clemente Palma.
Don José María Barreto.
Don Enrique D. Tovar y R.

Chile.

Doctor Tito V. Lisoni.
Doctor Samuel A. Lillo.
Doctor Eduardo Poirier.
Doctor Senén Álvarez de la Rivera M.
Don Pedro Prado.
Don Joselín Robles S.
Don Antonio Bórquez Solar.

Bolivia.

Don Eduardo Diez de Medina.
Don Rosendo Villalobos.
Don Ricardo Jaimes Freyre.
Don Alcides Arguedas.

Paraguay.

Doctor Cecilio Báez.

Brasil.

Ingeniero Sílio Boccanera Junior.
Don Amachio Diniz.
Don Graça Arhana.

Uruguay.

Don José Enrique Rodó.
Don Francisco García Santos.
Don Víctor Pérez Petit.
Doctor Carlos Vaz Ferreira.

Argentina.

Doctor David Peña.
Doctor Carlos Octavio Bunge.
Don Leopoldo Lugones.
Don Manuel Ugarte.
Don Juan José de Soiza Reilly.
Don Gumersindo Bustó.
Don B. González Arrili.

Estados Unidos del Norte.

Doctor Tomás Cerón Camargo.
Doctor H. P. Holler.
Don Gustavo Solano.
Don Rafael de Zayas Henríquez.
Doctor Carlos A. Meza.

Puerto Rico.

Don Vicente Balbás Capó.
Don Luis Muñoz Morales.
Don Luis Llorens Torres.
Doctor Cayetano Coll y Toste.

Cuba.

Doctor Enrique José Varona.
† Don Antonio Miguel Alcóver.
Don Francisco Cañellas.
Don Manuel S. Pichardo.
Don Max Henríquez Ureña.
Don Manuel Márquez Sterling.
Don M. Antonio Dolz.
Don Bonifacio Byrne.
Don Medardo Vitier.
Don J. V. Cova.

Santo Domingo.

Licenciado Federico Henríquez y Carvajal.
Licenciado Américo Lugo.
Don Federico García Godoy.
Don Arturo Pellerano Castro.
Don G. Jiménez Herrera.
Don Emilio A. Morel.

México.

Don José Romo.
Licenciado M. A. Díaz.
Don Luis Rosado Vega.
Don Luis G. Urbina.
Don Amado Nervo.
Don José Juan Tablada.

Panamá.

Doctor Belisario Porras.
Don Guillermo Andrevé.
Don Ricardo Miró.

Bélgica.

Doctor Antonio Pietri-Daudet.

Hungría.

Doctor Ladislao Thót.

Alemania.

Doctor C. V. E. Bjorkman.
Doña Marie Bjorkman.

Italia.

Don Leonidas Pallares Arteta.
Profesor Pietro Carducci Teisser.

Inglaterra.

Doctor Santiago Pérez Triana.
Don Norman Angell.

España.

Don Rafael María de Labra.
Doctor Rafael Vehils.
Don Faustino Rodríguez San Pedro.
Doctor Eduardo Martínez Balsalobre.
Don Salvador Rueda.
Don Francisco Villaspesa.
Don Juan R. Jiménez.
Don Enrique Deschamps.

Francia.

Doctor J. Gustavo Guerrero
Don José María Vargas Vila.
Don F. García Calderón.
Don Enrique Gómez Carrillo.

JUNTA DIRECTIVA DEL ATENEO DE EL SALVADOR

EN 1915

Presidente : DON FRANCISCO GAVIDIA □ □ □
Vicepresidente : DR. JUAN GOMAR □ □ □
1^{er}. Vocal : DR. MANUEL QUIJANO HERNÁNDEZ □
2^o. Vocal : DR. I. JOSÉ ANTONIO MENÉNDEZ □
Síndico : DR. JUAN MENA □ □ □ □ □
Tesorero : DON MIGUEL A. GARCIA □ □ □
Secretario : BR. SALVADOR TURCIOS R. □ □ □
Prosecretario - Bibliotecario : PROFESOR ALBERTO V.
MONTIEL □ □ □ □ □ □ □ □

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

ADMINISTRADOR DE LA REVISTA

DON MIGUEL A. GARCÍA

5a. Calle Poniente. — Barrio del Calvario. — Número 26

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

A LOS AUTORES O CASAS EDITORAS:

Con el mayor gusto esta Revista publicará juicios críticos o pequeños
reclamos, acerca de toda obra o revista que reciba como canje.

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

LA CORRESPONDENCIA

debe dirigirse al Presidente o al Secretario de esta Institución
